2.260 1°602-31

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EL PARAISO
DE MILTON,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA
Y
DON ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

2150

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

L47 - 7109

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	2	Amor en la ausencia.....	1	D. Ángel Rodriguez....	Todo.
3	2	Á un valiente otro mayor....	1	Marcos Zapata.....	»
3	2	Caer en la trampa.....	1	Eduardo S. Castilla..	»
»	»	C. Martinez.....	1	Lasala y O. de la Torre	»
3	2	Corbata roja.....	1	Manuel Nogueras. ..	»
2	2	El hombre perro.....	1	J. G. de Lima.....	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El mestre de fer coloquis....	1	D. F. de P. Huertas....	»
»	»	El nono no desear.....	1	José Barreda.....	»
4	2	El que al corazon no llama...	1	Manuel Urban.....	»
5	2	El otro yo.....	1	José Estremera.....	»
3	1	El verdugo de sí mismo.....	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Entre dos fuegos.....	1	Gerardo Velez.....	»
3	1	Específico moral.....	1	Eusebio Sierra.....	»
3	2	Ganar la plaza.....	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos...	»
2	2	La flor del humbrío.....	1	Ángel Rodriguez. ..	»
3	1	La muñeca—j. o. p.....	1	Pedro Escamilla. ...	»
»	»	La tea de la discordia.....	1	F. de P. Huertas....	»
1	2	La vendetta—j. a. v.....	1	José Estremera.....	»
»	»	Las escuelas en España.. ...	1	Francisco Palanca...	»
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. E. Sierra y A. Sanchez Ramon.....	»
»	»	Los caribes.....	1	D. Manuel Nogueras...	»
2	4	Los dos sobrinos y el tio.....	1	José Conde Souleret..	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y Villanía.....	1	V. M. de la Tejera...	»
5	»	Paz octaviana.....	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.....	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha.....	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	3	Una mujer por dos horas.....	1	J. G. de Lima.....	»
»	»	Un empleo encomanat.....	1	F. de P. Huertas....	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza.....	»
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	R. Lopez del Rio....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	J. M. Anguita.....	»
»	»	Jugar á la política.....	2	Ildefonso Valdivia...	»
5	3	Próspero y Vicente.....	2	R. Lopez del Rio....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez.....	»

L47-7109

EL PARAISO DE MILTON.

José Rodriguez

21-6

EL PARAISO DE MILTON,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

Y

DON ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el dia 5 de Diciembre de 1878.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
DÉBORA.	D.ª ELISA MENDOZA TENORIO.
ISABEL.	D.ª LUISA CALDERON.
SUSANA.	D.ª RITA REVILLA.
MILTON.	D. RAFAEL CALVO.
PHILARAS (1).	D. RICARDO CALVO.
OVERTON.	D. DONATO JIMENEZ.

La accion en Lóndres, 165***

(1) Pronúnciese Filaras.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. DON RAFAEL CALVO,

PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DEL TEATRO ESPAÑOL.

Testimonio de admiracion y prenda de amistad,

Los autores.

ACTO PRIMERO.

Casa amueblada modestamente al gusto de la época. Una mesa llena de papeles, etc., etc. Puertas al foro y laterales. Dos puertas á la derecha del espectador; una reja á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, DÉBORA, SUSANA.

La primera sentada, pensativa; la segunda bordando é hilando la tercera.

SUSANA. ¿Lo acabarás?
DEBORA. Ya lo creo;
ántes que vuelva Ricardo,
no esta labor, otras muchas
acabára.
SUSANA. Pues qué ¿tanto
tardará?
DEBORA. ¡Sábelo el cielo!
Tal vez meses... tal vez años!
Acaso no vuelva á verle!
SUSANA. Vaya un pensamiento raro!
DEBORA. Quizás en estos momentos
se encuentre herido en el campo
sin que nadie le socorra,

sin que nadie le dé amparo!

SUSANA. Vela el Eterno por todos!
ni las hojas en el árbol
se agitan si no las mueve
su poder fecundo y sabio!
Por él velará, hija mia,
y le traerá pronto en salvo
á Lóndres.

DEBORA. Que Dios te oiga!
Mas, á mi pesar, batallo
con una idea terrible.
Si él muriera!... ¡Cielo santo!

SUSANA. Desecha tales ideas,
que esos pensamientos malos
te inspira el demonio, hija!
Piensa todo lo contrario;
él volverá de la guerra
y volverá más bizarro!

ISABEL. ¡Ay Dios!

SUSANA. (Á Débora.) Oiste?

DEBORA. (Á Susana.) Silencio!

ISABEL. ¿De qué hablábais?

DEBORA. De Ricardo.

ISABEL. Ah! ¿Supiste?...

DEBORA. Nada supe.

ISABEL. Su silencio es bien extraño!

DEBORA. ¿Verdad que sí, madre mia?
Hace cinco meses largos
que no escribe, y ya mi alma
se llena de sobresalto!

ISABEL. ¡Maldita guerra!

DEBORA. ¡Maldita!

SUSANA. (Severa.) Estais á Dios ultrajando!
La guerra es santa, si se hace
del Señor por el mandato,
y Dios ordenó esta guerra
para humillar al osado
rey de Babilonia!

ISABEL. ¡Calla!

SUSANA. Para humillar al Stuardo.

ISABEL. Oh!

DEBORA. Susana!

SUSANA. Si la raza
de Judá se lanza al campo,
¿quién si de la Tribu es hijo
no da auxilio á sus hermanos?
ISABEL. Cállate... siempre lo mismo.
SUSANA. Os obedezco y me callo;
pues veo que el amo llega,
que si no...
DEBORA. (Con dulzura.) Yo te lo mando.

ESCENA II.

DICHOS, MILTON.

Milton sale andando lentamente y extendiendo los brazos como si viera muy poco.

DEBORA. Padre mio! (Yendo á su encuentro.)
MILTON. Hija de mi alma!
DEBORA. Tomad, buen padre, mi mano
y dejadme que os conduzca.
MILTON. Gracias... sí, sé tú mi báculo.
ISABEL. Milton...
MILTON. Mi bien, aquí estabas?
Perdóname, que el trabajo...
mi vista, mi pobre vista
va haciendo tan débil, tanto,
que cuando entré ví unos bultos
y no más.
DEBORA. No os dais descanso,
pasais el dia escribiendo...
ISABEL. Y aun la noche.
DEBORA. Haceos cargo
de vuestra edad.
MILTON. Hija mia,
aunque me pesen los años
aún puedo velar, aún puedo
escribir... y... oidme: trato
de terminar mi poema.
SUSANA. Bien; mas si por terminarlo
acabais con vuestra vista,
veremos qué vais ganando.

MILTON. Tambien me acusas, Susana?
SUSANA. Sí señor, quiero probaros...
MILTON. ¿No es cierto que es grande idea
la que el cielo me ha inspirado?
El Paraiso perdido...
ese es mi sueño fantástico.
DEBORA. Y será al fin nuestra gloria!
MILTON. Tu prediccion me da ánimos;
pues es tan pura tu alma
que habla un ángel por tus labios.
Pero qué asunto tan grande!
¿No, Susana?
SUSANA. Interpretando
bien los textos de la Biblia;
ellos lo dicen muy claro.
MILTON. Ah, la caida de Adan!
SUSANA. Caida que fué un porrazo
que á todos nos duele.
MILTON. Justo.
SUSANA. Estudiad los libros santos
y vereis que Dios por ella
condenó al hombre al trabajo.
«Con el sudor de tu frente
ganarás lo necesario
para tu sustento.»
MILTON. (Jovial.) ¡Bien!
Veo te has parapetado
en la Escritura.
SUSANA. Eso quiero.
MILTON. (Á Isabel con cariño.)
Y tú, de mi vida encanto,
¿qué piensas de mi poema?
ISABEL. (Confusa.) Señor, decíais?...
MILTON. Te hablo
del Paraiso perdido.
ISABEL. Ah! ¿Del vuestro?
MILTON. No, no tanto.
Del mio, no: por fortuna
no le he perdido; al contrario,
mi bien, ¿qué más paraiso
que vivir, teniendo al lado
á tí y á Débora, flores

que irguiendo altivas sus tallos
junto al árbol viejo y seco
prestais vuestra savia al árbol?

ISABEL. Ah!

DEBORA. Señor...

MILTON. Yo no he perdido,
mi cielo, digo, contando
con vuestro amor.

DEBORA. Padre...

ISABEL. ¿El mio
pudiera, Milton, faltaros?

MILTON. Es verdad... por eso dije
si me amais...

DEBORA. (Abrazándole.) Ah!

MILTON. Cómo os amo!

ESCENA III.

LOS MISMOS, OVERTON.

OVERT. Dios guarde á todos.

MILTON. Tú aquí,
Overton?

DEBORA. (Con alegría.) Vos!

OVERT. Mensajero
soy y retrasar no quiero
mi mensaje.

DEBORA. (Con ansiedad.) ¿Escribió?

OVERT. Sí.
Ten su carta. (Dándole una.)

DEBORA. ¡Qué contento!

SUSANA. Con ansia esperaba ya.

MILTON. Tu alma en ella encontrará
un mundo de sentimiento.

DEBORA. Leédnosla, padre.
(Dando la carta á Milton.)

MILTON. Yo?
Á tí viene dirigida.
Tú debes, hija querida,
ser quien la lea, yo no.
Flores son de tu amor! Toma,
léela, te escucharemos

y todos disfrutaremos
de su embriagador aroma!

DEBORA. (Despues de pasar la vista por el papel.)
Oh, Dios mio! ¡Qué placer!
Niego crédito á mis ojos!
Ya terminan mis enojos.
Padre mio, quereis ver,
pues quizás loca de mí
leí mal.

OVERT. Débora, no
leiste lo que escribió.

DEBORA. ¿Viene ya Ricardo?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿Que viene? ¿Y cuándo?

OVERT. Mañana
quizás llegue á Lóndres.

DEBORA. Ah!

MILTON. ¡Qué ventura!

SUSANA. Lo ves?

MILTON. Ya
de abrazarle tengo gana.
Vendrá bizarro y apuesto
como partió; más fornido,
su noble rostro curtido
por el sol... pero qué es esto,
Overton? ¿Tú callas?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿No estás contento?

OVERT. No á fe.

MILTON. ¿Cómo no?

OVERT. Yo le mandé
á luchar y vuelve aquí
cuando aún la lucha no cesa,
cuando en la contienda ruda
aún abrigamos la duda
de quién triunfará en la empresa.

MILTON. ¿Nos vencieron?

OVERT. No por cierto,
pero la guerra es azar,
y él no ha debido tornar
sino vencedor ó muerto.

DEBORA. ¡Muerto!

ISABEL. ¡Cruel!
SUSANA. Bien hablado.
MILTON. Y sabes?
OVERT. Sé que hubo brega,
mas vencido en la refriega
quedó Cárlos destrozado.
ISABEL. Oh, Dios!
MILTON. ¿Y huyó el pretendiente?
OVERT. No: le detiene el enojo
de Dios, que le hará dar ojo
por ojo y diente por diente.
ISABEL. ¡Qué horror!
SUSANA. Qué?
MILTON. (Á Overton.) Calla.
OVERT. ¿Por qué?
MILTON. Tus palabras hacen daño
á mi Isabel.
OVERT. ¡Es extraño!
¿Es aún realista?
MILTON. Si á fe.
Derecho tiene á pensar,
y al rendir culto á una idea
buena, mala, ó como sea
se la debe respetar.
OVERT. Mas la libertad...
MILTON. No arguya
así tu razon serena,
¿si no respetas la ajena,
quién respetará la tuya?
OVERT. Mas...
MILTON. Dejemos al Stuardo.
DEBORA. Sí, sí, no nos ocupemos.
MILTON. Hoy sólo pensar debemos
en Débora y en Ricardo.
OVERT. Es verdad.
MILTON. ¿Quién puede aquí
dar á rencores abrigo?
OVERT. Dios será pronto testigo
de su boda.
MILTON. ¿Al cabo?
OVERT. Sí.
Ya sabes que yo quería

para Ricardo otra union.
MILTON. Que llenase tu ambicion.
OVERT. Pero al ver su idolatría
por Débora, sucumbí.
MILTON. Si el enlace no te agrada...
OVERT. Débora es buena y honrada
y digna de él y de mí.
MILTON. Es verdad!
DEBORA. Gracias, señor.
OVERT. Honor es el bien primero,
sin honra, Milton, no quiero
dicha, riqueza, ni amor.
MILTON. Lo mismo me pasa á mí.
SUSANA. Ni la Biblia dice más.
MILTON. En Débora encontrarás
ese bien.
OVERT. Lo creo así.
MILTON. No cabe en ella falsía
ni pensamiento bastardo.
DEBORA. Yo sólo pienso en Ricardo
constantemente.
OVERT. (Abrazándola.) Hija mia!
MILTON. Así, juntos, ¡qué placer
tan íntimo, tan profundo!
Y hay quien dice que en el mundo
no hay dicha! No la ha de haber!
SUSANA. (Severamente.) Pensad que el texto sagrado
dice que la raza humana...
MILTON. (Disgustado.) Siempre igual, calla, Susana.
Callad, me siento inspirado.
Quiero escribir... pero... aquí...
con vosotros... no os marcheis,
quedaos y os sentareis
cerca, muy cerca de mí.
(Milton se sienta á la mesa. Los demas personajes forman grupo á su alrededor. Isabel estará algo retirada y Overton al lado de Débora.)
MILTON. (Con entusiasmo.) Así, cuadro de familia
que mi inspiracion exalta!
DEBORA. ¡Sólo Ricardo nos falta!
SUSANA. Jamás el bien se concilia!
MILTON. Á ver si puedo dar hoy

forma, luz y colorido
al cuadro que he concebido.
(Á Débora.) Estás dispuesta?

DEBORA. Lo estoy.

MILTON. (Dictando á Débora, que escribe.)
«Canto cuarto. De cómo Luzbel, el ángel
»del mal, se presentó en el Paraiso para
»turbar la dicha de Adan y de Eva.»
(Apenas Milton ha dicho estas palabras, aparece Phílaras en el umbral de la puerta.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, PHÍLARAS.

PHIL. La paz sea con vosotros!
(Isabel se levanta rápidamente al ver á Phílaras y queda inmóvil y aterrada. Débora y Overton se ponen en pié. Milton al conocer á Phílaras se arroja en sus brazos. Susana sigue hilando.)

ISABEL. (Ap.) (Él.)

MILTON. ¿Quién es?

PHIL. No me conoces?

MILTON. Ah! Phílaras.

PHIL. Milton!

MILTON. Phílaras!
¿Eres tú? No son visiones
de mi deseo.

PHIL. No, Milton.
Es realidad.

MILTON. Oh! mi jóven
amigo! mi buen hermano!
Bendigo de Dios el nombre
pues á mi casa te trae!

PHIL. Gracias, Milton. (Ap.) (Siempre noble.)

MILTON. ¡Tres años que no nos vemos!
Mas nunca de mí apartóse
tu memoria.

PHIL. Ni la tuya
de mí.

MILTON. Nuestros corazones
se unieron en sus desgracias

y se unirán en sus goces.
Feliz sorpresa!... Ahora estaba
disfrutando los favores
de Dios, junto á mi familia.
Á Débora no conoces?

PHIL. No, Milton.

MILTON. Llega, hija mia.

PHIL. Sus bellísimas facciones
dicen la bondad de su alma.

DEBORA. Gracias.

MILTON. El Sheriff de Lóndres,
Overton, mi buen amigo,
y padre ademas del hombre
que se unirá con mi Débora
ante Dios.

OVERT. Á vuestras órdenes.

MILTON. Ah!... Susana, mi nodriza
una doctora *in utroque*.
Biblia viviente... versículo
eterno.

SUSANA. (Saludando.) Señor.

MILTON. Mas oye...
¡no preguntas por aquella
que compartió los rigores
de nuestra suerte en Italia?

PHIL. Ah! Isabel... Perdon si torpe....

MILTON. (Á Isabel.) Acércate, aquí la tienes.

PHIL. (Con emocion.) Isabel!

ISABEL. (Muy turbada.) Phílaras!

MILTON. Dióme
en ella un ángel el cielo!

OVERT. Milton, si tú no dispones
otra cosa, me retiro.

MILTON. Adios!... nada, que se logre
tu afan y vuelva Ricardo.

DEBORA. Dios le dé sus bendiciones.

(Padre é hija acompañan á Overton hasta la puerta. Phílaras fija la vista en Isabel. Ésta baja los ojos. Susana observa.)

SABEL. Nosotras os dejaremos.

MILTON. No estorbas.

ISABEL. Aunque no estorbe,

tendreis que hablar.

MILTON. Vaya!

PHIL. (Mirando á Isabel con intencion.) Mucho.

ISABEL. Oh... (Á Débora.) Ven.

DEBORA. (Á Susana.) Tu labor recoje.

SUSANA. Vamos, ya está recogida.

ISABEL. (Ap.) (Hielo por mis venas corre.) (Vánse.)

ESCENA V.

MILTON, PHÍLARAS.

MILTON. Ahora hablemos libremente;
pero ántes de comenzar,
ven, que te quiero abrazar
otra vez.

PHIL. Ah, Milton.

MILTON. Siente
tal placer el alma mia
en este instante dichoso,
que á Dios bendigo gozoso
pues tal ventura me envía!
¡Tres años sin vernos!

PHIL. Sí.

MILTON. ¿Y en tanto tiempo, qué hiciste?

PHIL. Trabajar.

MILTON. Y conseguiste?

PHIL. Nada al cabo conseguí.
Grecia es esclava: la copa
ya del sufrimiento apura,
mas su pena y su amargura
nada le importan á Europa.
En vano corrí la tierra
buscando una luz que irradie
en nuestro suelo; no hay nadie
que nos ampare.

MILTON. Inglaterra.

PHIL. ¿Qué?

MILTON. Trabajo sin cesar
por vosotros. ¡Si pudiese
lograr que Cromwell quisiese
por vuestra Grecia luchar!

Sí: y en lograrlo confío!
por vosotros lucharemos,
y la gloria encontraremos
que para mi patria ansío.

PHIL. Tengo en mucho tu eficacia;
pero he perdido la fe.

MILTON. Por qué, Phílaras?

PHIL. ¿Por qué?
Pregúntalo á mi desgracia.

MILTON. La desgracia no es un crímen,
es lo contrario: el Señor,
fuente constante de amor
ensalzará á los que gimen.
Mas comprendo ese trasporte
de tu angustia. ¡Quién resiste
tanta decepcion? Es triste
caminar de córte en córte,
llena el alma de hondo afan,
la esperanza casi muerta,
pidiendo de puerta en puerta
como un pedazo de pan,
esa libertad sagrada
que tu noble Grecia ansía,
grande y poderosa un dia,
hoy vencida y humillada!

PHIL. Esto me avergüenza.

MILTON. Oh!

PHIL. Sí.
En vano favor invoco!

MILTON. Calla, calla! Tú estás loco!
¡Vergüenza luchando así?
¡Vergüenza!... Si acaso fueras
un ambicioso falaz,
ladron de la ajena paz;
si tu fe y tu honor vendieras,
y el irresistible grito
de tu conciencia se alzase,
comprendo te avergonzase
tu imperdonable delito.

PHIL. Oh!...

MILTON. Pero llorar de hinojos
por la redencion querida

de Grecia; mostrar herida
tu planta por los abrojos;
lleno de mortales penas
rogar como yo te he visto,
para que la cruz de Cristo
cubra los muros de Atenas...
eso es Phílaras lograr
una gloria, cuyo peso
te ha de rendir, y eso... eso
no te puede avergonzar!

PHIL. Milton!

MILTON. Dejemos así
esta cuestion.

PHIL. (En ademan de salir.) Volveré
y ya hablaremos.

MILTON. Pues qué,
no vas á quedarte aquí?

PHIL. No, Milton.

MILTON. Y tan sereno
lo dices?

PHIL. Mas...

MILTON. No hables nada,
aquí te daré posada.
Pues sí que estaría bueno
que así tan tranquilamente
te fueras.

PHIL. Y qué he de hacer?

MILTON. Quedarte.

PHIL. No puede ser.

MILTON. No seas necio y consiente.

PHIL. Yo te lo agradezco, pero...

MILTON. Mal tu amistad se concilia
si niega: yo en mi família
quiero tenerte, pues quiero
que al ver mi felicidad,
puedas la causa saber
que cantar me hizo el primer
drama de la humanidad.
Aquella falta sin nombre,
aquel poema de amor,
de justicia en el Señor
y desacato en el hombre.

PHIL. El Paraiso perdido
si no me equivoco.
MILTON. Sí.
Ya verás lo que escribí:
en él cantar he querido,
el mundo, la creacion,
la soberbia que subleva
la dulce inocencia de Eva,
de Adan la inmensa pasion.
Todo el cielo, el cielo aquel
formado al soplo de Dios,
y que perdieron los dos
por la saña de Luzbel.
PHIL. ¡Gran idea!
MILTON. (Con tristeza.) Yo perdí
en mi María tambien
un cielo, mas otro eden
en mi Isabel descubrí.
Débora á su lado halló
de una madre el sentimiento,
ella me dió nuevo aliento,
ella mi mente inspiró.
No hay duda, aquí vivirás
contemplando mi ventura,
y no de vana locura
mi poema tildarás.
No resistas á mi ruego.
PHIL. Pero...
MILTON. Dudaré de tí
si no te quedas aquí.
PHIL. Milton!
MILTON. Vamos?
PHIL. No me niego.
Te empeñas...
MILTON. No hay remision.
PHIL. Sea pues!
MILTON. Oh! ¡Qué contento!
Voy á decir al momento
que arreglen tu habitacion.
La boda presenciarás
de mi Débora. ¡Dios santo!
Soy tan feliz... tanto... tanto

que no puedo serlo más. (Váse foro.)

ESCENA VI.

PHÍLARAS.

¿Qué pasa por mí?... No sé.
¡Ah, miserable de mí!
cómo al oirle callé
y perdon no demandé
y ante él de hinojos caí?
¿Por qué al oir á ese anciano
mi corazon vacilaba?
¿Por qué al estrechar su mano
cuando tan noble le hallaba
me hallaba yo tan villano?
Ah! yo he debido caer
á sus piés, mas mi pasion
en lucha con mi deber,
dió fuerzas para vencer
á mi amante corazon.
Así lo quiere mi estrella!
Mi fortaleza decae
al contemplarla tan bella,
que es mi destino ir á ella
como al abismo que atrae!
Cesa, pues, duda mortal!
Deber, tu impulso deten!
Ya que mi pasion fatal
no me deja hacer el bien
dejad que me entregue al mal!

ESCENA VII.

DICHO, ISABEL.

ISABEL. Phílaras!
PHIL. Mi bien! Tú?
ISABEL. Sí.
PHIL. Ah!
ISABEL. Por el bien de los dos
vengo á rogarte por Dios

que tenga piedad de mí.
Que te alejes de Inglaterra,
que olvides esa insensata
pasion que mi dicha mata
y que mi conciencia aterra.

PHIL. Oh, qué dices?

ISABEL. Parte, sí.

PHIL. Partir? Contigo?

ISABEL. Jamás!

PHIL. Pues si resuelta no estás,
para qué vine yo aquí?
Míralas; sobre mi seno
van tus cartas, de amor llenas,
inoculando en mis venas
su dulcísimo veneno!
En ellas tú me llamabas;
ven á mi lado, decías,
y venturas prometías
y placeres presagiabas.
(Mostrándole una carta.)
»Así no puedo vivir,
sálvame de esta tortura.»
Vé.

ISABEL. Perdona mi locura.
¡Cuesta tan poco escribir!
Cuando el amor nos provoca,
hace el corazon humano
que diga á veces la mano
lo que amedrenta en la boca.

PHIL. Pero...

ISABEL. Con sereno juicio
en el abismo reparo,
y con valor me separo
del profundo precipicio.

PHIL. Oh!

ISABEL. Tú tambien algun dia,
si á pensar llegas con calma,
en el fondo de tu alma
sentirás grata alegría.
Y al recordar del pasado
la desventurada historia,
bendecirás mi memoria

que del crímen te ha salvado.

PHIL. Salvarme del crímen?

ISABEL. Sí.

PHIL. No ves que en mi amor celoso
el crímen más espantoso
es separarme de tí?
(Con pasion.) Tres años largos pasé
lejos de tí, vida mia,
con ruda y tenaz porfía
por olvidarte luché.
Sufriendo penas y enojos
he pretendido olvidar
tu recuerdo, y apartar
tu semblante de mis ojos.
Imposible!—Te veía
brindarme dichas y amores
entre los dulces fulgores
del astro rojo del dia!
Y te encontraba en la flor,
en el rio y en la nube,
que flotante al cielo sube
en impalpable vapor.
En los rumores del viento
escuchaba la cadencia
de tu voz; de tu presencia
lleno estaba el pensamiento,
y aunque de él quise borrar
tu recuerdo, Isabel mia,
fué imposible, no podía,
no te he podido olvidar.

ISABEL. Phílaras!

PHIL. (Asiéndola de la mano y con reconcentrada pasion.)
He vuelto á ver
los vergeles deliciosos
mudos testigos dichosos
de los sueños del ayer.
Isabel, te acuerdas?

ISABEL. Sí.
Por mi mal no dí al olvido...

PHIL. Los sitios he recorrido
que contigo recorrí.

ISABEL. Oh!

PHIL. La ribera frondosa
del Arno, que se consume
dando vigor y perfume
á aquella comarca hermosa.
La orilla triste, que aterra,
del Tíber, rio sagrado
cuyo cauce ensangrentado
mundos de glorias encierra!
Nápoles y aquel volcan,
que con cadenas de lava
hace á la ciudad esclava...
Venecia, Turia, Milan,
todos los sitios aquellos
que el mar Tirreno rodea,
de tu recuerdo á la idea
me parecieron más bellos.

ISABEL. Calla, ¡no hables de ese amor
que nos deshonra!

PHIL. Isabel!

ISABEL. Ve mi martirio cruel
y aléjate por favor.

PHIL. Partir! El cielo es testigo
de que mi afan es partir,
mas de aquí quiero salir
no sólo, sino contigo.
¿Ves esa nave ligera
que entre la niebla aparece
y en el Támesis se mece?
esa nave nos espera,
á la vela se dará
cuando á su puente subamos,
y este amor que acariciamos
á otra region llevará.

ISABEL. Oh! no, nunca, desvarías.

PHIL. ¿Nunca?

ISABEL. ¡Nunca!

PHIL. ¿Por qué, dí,
al separarte de mí
siempre, siempre me decías
si al llegar este momento
que nuestra dicha afianza

burlas la dulce esperanza
que acaricia el pensamiento?

ISABEL. Piensa en Milton, que es tu hermano
en mi honor, en tu deber,
parte, sí, déjame ser
digna esposa de ese anciano.

PHIL. Pero piensas que he venido
á verte para dejarte?

ISABEL. Oh! qué intentas?

PHIL. Arrancarte
al amor de tu marido.
Sígueme.

ISABEL. ¡Nunca!

PHIL. Mañana
será tarde: nuestros ojos
proclamarán los antojos
de nuestra pasion tirana.

ISABEL. Imposible!

PHIL. Ve que estoy
resuelto á todo.

ISABEL. ¡Dios santo!

PHIL. (Con amargura.) Ayer amándome tanto
y dudando tanto hoy.
Pues bien, sigue, sigue aquí,
mas ah! tiembla por tu suerte!

ISABEL. Me amenzas?

PHIL. Con la muerte.

ISABEL. (Con alegría.) Á mí, Phílaras?

PHIL. No, á mí.

ISABEL. Oh, qué horror!

PHIL. Ó mio es
tu amor y partes comigo
de mi pasion al abrigo,
ó caigo muerto á tus piés.

ISABEL. Detente!

PHIL. Isabel!

ISABEL. ¡Qué horror!
No piensas...

PHIL. Qué he de pensar?
Pide que se seque el mar
mas no que piense mi amor.

ISABEL. ¿Pero no ves que así infamas

á Milton?

PHIL. Sé que te adoro.

ISABEL. ¿No miras que mi decoro
se ofende?

PHIL. Sé que me amas.
Ven. La noche va cerrando,
todo ayuda nuestro intento,
hincha las velas el viento
del buque que está esperando.
La ocasion es la mejor
si te arriesgas á partir.

ISABEL. Oh, no!

PHIL. Fuerza es decidir
entre Milton ó mi amor.
Ven, ven, la distancia es corta,
nadie escucha, todo en calma...
Si has llegado hasta mi alma
un paso más ¿qué te importa?

ISABEL. Pero no ves mi agonía?

PHIL. Quieres mi muerte? (Con desesperacion.)

ISABEL. (Delirante.) ¡Dios santo!
Qué intentas? No ves mi llanto?

PHIL. (Con júbilo.) Al fin, al fin, vida mia!...

ISABEL. Phílaras.

PHIL. Al fin triunfó
mi cariñosa ternura.
¿Quién de hoy más nuestra ventura
podrá disputarnos?

DEBORA. (Dentro.) Yo,
yo misma se lo diré.

ISABEL. (Aterrada.) Ah!

PHIL.. Maldicion sobre mí.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, DÉBORA y SUSANA.

DEBORA. Ya las órdenes cumplí
de mi padre; ya arreglé
vuestro cuarto: es el mejor
de la casa, ya vereis.
Subid y descansareis

del viaje.

PHIL. (Ap.) (¡Maldito amor!)

DEBORA. Canta un ruiseñor gentil
cerca de sus dos ventanas,
llenas de flores galanas
como una aurora de abril.
En ellas las golondrinas
plegan sus alas errantes.
desde ellas se oyen distantes
ya las canciones marinas,
ya un eco triste y sombrío,
ya un himno de amor supremo
cantado al compás del remo
que quiebra el agua del rio.
Y como dan al jardin,
que está cuajado de flores,
las perfuman los olores
de la rosa y el jazmin.
Desde ellas todo aparece
con más luz y más encanto.
¡Hay tanto horizonte! tanto!
que el corazon se engrandece;
y en cualquiera de las dos,
el mayor pesar se calma
pues sufre ménos el alma
cuanto más se acerca á Dios.
Esto solo os puede dar
nuestro cariño sincero
y aunque sea poco espero
que os baste para lograr
en esa estancia escondida,
si no riqueza que abruma,
paz y amor que son en suma
las riquezas de la vida.

PHIL. Gracias, siento que por mí...

SUSANA. (Á Isabel.) Os sentis mal?

ISABEL. (Confusa.) ¿Yo?

SUSANA. ¡Temblais!
Qué teneis?

ISABEL. (Ap.) ¡Dios mio!

SUSANA. Estais
pálida, intranquila.

ISABEL. (Haciendo un esfuerzo.) Sí,
por Milton;... anocheció
hace rato y todavía
no ha vuelto.
DEBORA. No, madre mia,
si mi padre no salió.
ISABEL. Entónces...
SUSANA. (Ap. con recelo.) (Serán chocheces
mias? Pero es muy chocante.
DEBORA. (Á Philaras.) Ella es el báculo amante
de mi padre. Algunas veces
yo le doy mi brazo, y él
como es tan grande su amor
siempre dice... «voy mejor»
llevado por mi Isabel.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MILTON.

MILTON. ¡Gracias á Dios que he podido
terminar. Bulwer ha estado
á verme y hemos charlado
tanto que me he entretenido
más de lo que yo quería:
de mi tardanza fué esa
la causa... mas no me pesa
porque hoy ha sido un gran dia!
DEBORA. Un gran dia!
MILTON. ¡Ya lo creo!
¡Otro no habrá que le iguale!
lo que es hoy, todo me sale
á medida del deseo.
Isabel, llégate aquí.
ISABEL. Señor.
MILTON. Más cerca, á mi lado.
ISABEL. ¿Qué quereis?
MILTON. Te he consagrado
lo que yo más quiero.
ISABEL. ¿Á mí?
MILTON. Si á fé.
(Dándola unos papeles.)

ISABEL. No entiendo, señor!
MILTON. Mi Paraiso perdido.
ISABEL. ¿Cómo?
MILTON. Sí tal; te he cedido
todo su escaso valor.
Jhonson Bulwer el librero
me lo compra, es hombre ducho.
DEBORA. ¿Y os da mucho?
MILTON. Vaya, mucho,
un puñado de dinero.
¿Cuánto va que no adivinas?
DEBORA. Entiendo tan poca cosa...
MILTON. ¡Una suma fabulosa!
Quince libras esterlinas.
Ya es negocio concluido,
pronto impreso lo verás.
DEBORA. Quince libras nada más
el Paraiso perdido!
¡Vaya una suma lucida!
MILTON. Pues hija mia, no es broma,
como es perdido lo toma
por una cosa perdida.
DEBORA. ¡Oh!
SUSANA. Señor...
MILTON. No hay más que hablar.
Phílaras, como has venido
de viaje estarás rendido!
PHIL. ¿Yo?
MILTON. Sin duda. Á descansar,
Y nosotros tambien: yo
me encuentro algo fatigado,
y es natural, he gozado (Á Phílaras.)
tanto al verte...
PHIL. Milton!
ISABEL. Oh!
MILTON. Fué el dia de hoy tan dichoso
que al descanso me previene,
pues tambien la dicha tiene
necesidad de reposo.
Ademas es cuotidiana
costumbre: nos acostamos
temprano y nos levantamos

al despuntar la mañana;
pues no hay placer más profundo
para almas puras y tiernas
que asistir á esas eternas
resurrecciones del mundo.

PHIL. Pues no interrumpas por mí
esa costumbre ejemplar.

MILTON. Que descanseis.

PHIL. (Ap.) (Descansar...)

DEBORA. Os retirais, padre?

MILTON. Sí.
Buenas noches, hija mia.
(Besándole en la frente.)

DEBORA. Padre...

ISABEL. Adios.

MILTON. (Á Débora.) Dijiste ya
á mi huésped dónde está
su cuarto?

DEBORA. Sí.

MILTON. Sé su guía.
(Á Susana.) Y tú sírvele sin tasa
lo que quiera, y muestra empeño
en complacerle, que es dueño,
pues lo es mio, de mi casa.
Vamos, Isabel.
(Se apoya en su brazo y se dirige á su habitacion colocándose á la derecha del espectador. Philaras repentinamente y avanzando hácia Isabel.)

PHIL. Y así
se va sin haber quedado...

SUSANA. (Interponiendo entre Philaras é Isabel)
Señor, estais engañado.
Vuestro cuarto... por allí...
(Señalando la puerta del foro. Philaras vencido por la voz de Susana mira con pasion hácia el sitio por donde salió Isabel y váse por el foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decrecion.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA y MILTON.

Susana aparece arreglando un vestido. Milton abstraido.

SUSANA. Y qué os parece el vestido?
MILTON. Bien.
SUSANA. Digno de nuestra Débora.
Lo encontrais bonito?
MILTON. Mucho.
SUSANA. Con él estará muy bella.
Á su edad lozana y pura
todo va bien: la belleza
es mayor cuando la adorna
con sus galas hechiceras
la juventud.
MILTON. Es muy cierto.
SUSANA. Yo á su edad... Ah!... feliz ella
que se encuentra de la vida
en la dulce primavera.
Hoy el mundo la sonrie,
logra todo cuanto anhela,
va á casarse con el hombre
á quien adora, y espera

una ventura sin límites
en esta pobre existencía.
Pero señor, estais triste,
¡meditabundo!

MILTON. Sí.

SUSANA. Es fuerza
que no lo esteis: va á casarse
la niña y con eso cesa
vuestro afanoso cuidado
por lo porvenir.

MILTON. Aciertas
con tus palabras, Susana.
Mas no sé qué oculta pena
viene á turbar esa dicha
que tu corazon recrea.
¿Será quizás que mis ojos
perciben la luz apenas
amenazando sumirme
en espantosas tinieblas?
Será quizás que del alma
se hace dueño la tristeza
pensando que para siempre
voy á perder á mi Débora?
Ah, no lo sé!

SUSANA. Pues si es eso,
permitidme que os advierta
que es natural que se case
y que debe ser inmensa
nuestra dicha, pues Ricardo
la hará muy feliz...

MILTON. ¡Ah! Ella
es de mi pasado triste
el solo bien que me resta...
Sus hermanas me dejaron...
Viven en lejanas tierras,
y aunque hice por ellas todo
cuanto pude, no se acuerdan
jamás de mí; se conoce
que les grita su conciencia
que su conducta fué horrible
para conmigo.

SUSANA. Que ideas

os asaltan!...

MILTON. Ay Susana,
la más triste de las penas
es llorar ingratitudes.

SUSANA. Sí señor, más ¿quién se acuerda?

MILTON. Es que los nuevos dolores
dolores viejos renuevan.
Por eso al ver que mi hija
se casa, lloro su pérdida
pensando que me arrebatan
la mitad de mi existencia.

SUSANA. ¡Qué locura!... ¿Pues no es
acaso la mision nuestra
casarnos?

MILTON. Sí... Razon tienes.
Ya no sé por qué se queja
mi corazon... se va un ángel
y otro ángel conmigo queda.

SUSANA. ¿Quién?

MILTON. Isabel.

SUSANA. Ah, sí... cierto...

MILTON. Parece que balbuceas
al hablar...

SUSANA. No.

MILTON. Pues qué ¿acaso
no es Isabel dulce y buena
conmigo...

SUSANA. Sí. (No me atrevo
á decirle mis sospechas...)

MILTON. Ó tienes algun motivo...
Pero... vaya que es ligera
la imaginacion! ya daba
al olvido que tú piensas
en la cuestion religiosa...
en todo, de una manera
distinta á la suya... y... claro,
siendo su adversario, es fuerza
(Sentándose en el sillon.)
que tú... ¡Triste humanidad!
En vano, en vano te empeñas
en lograr tus ideales,
si para hacerlo no empiezas

por dominar ese gérmen
de miserable soberbia
con que atribuyes lo malo
á quien como tú no piensa.

ESCENA II.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. ¿Está el vestido?... (Á Susana.)
SUSANA. Ya está.
DEBORA. Gracias, viejecita mia! (La abraza.)
No sabes cuánta alegría
verlo acabado me da,
¿Me lo enseñas?
SUSANA. De eso trato...
Ve. (Se lo enseña.)
DEBORA. (Haciendo un mohin de disgusto.)
Sin adorno ni nada.
SUSANA. (Severamente.) Llevando el alma adorna
de honestidad y recato
para qué más?
DEBORA. (Confusa.) Cierto, sí.
Mas no obstante... en este dia
era muy justo...
SUSANA. Hija mia,
tu padre lo quiere así.
DEBORA. Doblo entónces la cabeza,
si mi padre lo ha mandado.
SUSANA. El adorno más preciado
llevas tú, que es tu pureza.
MILTON. (En voz alta.) Nunca se aparte de tí,
Débora del alma mia.
DEBORA. (Con sorpresa.) Ah! vos aquí... no sabía
(Yendo á él.) Padre mio.
MILTON. Ven aquí.
DEBORA. (Con cariño.) ¿Qué teneis, padre querido?
MILTON. Quién, yo?
DEBORA. Os hallo triste y grave.
MILTON. Sí en verdad, porque hay un ave
próxima á dejar el nido!
DEBORA. Mas si vuela volverá.

MILTON. ¡Ay de mí! si es que se aleja,
pues ave que el nido deja
sabe Dios si tornará.
DEBORA. ¿Acaso vos la creeis
tan ingrata, padre mio?
MILTON. ¡Quién sabe!
DEBORA. Qué desvarío!
¡Cuán poco la conoceis!
¡No se debe pensar mal
de nadie!... ¿Verdad, Susana?
SUSANA. ¡Cierto!
MILTON. De tus labios mana
un consuelo celestial
para mí.
DEBORA. Y esa es mi gloria.
¿Pensais que yo no he entendido
lo del ave y lo del nido?
¡Pues bien comprendí la historia!
¡Mal me juzgais!
MILTON. ¡Hija mia!
DEBORA. Dispuesta á dejar estoy
mi nido, y á volar voy,
mas con el amor por guía.
¡Pero ay!... Algunos momentos
sin que lo pueda evitar
me siento, padre, asaltar
por extraños pensamientos.
Y me pregunto agitada:...
¿esa existencia de esposa
será tan dulce y dichosa
como esta vida pasada?
¿Será en ella todo amor,
todo paz, todo ventura,
ó será todo amargura,
desabrimiento y dolor?
MILTON. Hija!
DEBORA. Me siento morir
con esta duda inclemente,
y encuentro triste el presente
y dudoso el porvenir.
Mas luégo... al momento, un rayo
de luz suave y bienhechora,

como la luz de la aurora,
me saca de mi desmayo.
Y á los hermosos reflejos
de esa luz que se dilata,
se aclara mi vista y trata
de mirar, y ve á lo lejos
del horizonte lejano,
entre la sombra impalpable,
una imágen venerable,
la imágen de un noble anciano
que me ampara y me bendice;
que al ver mis penas y enojos
clava en mí sus dulces ojos
llenos de amor y me dice:
«Nada temas, mi embeleso,»
«si dolor tu pecho siente»
«yo apartaré de tu frente»
«los pesares con un beso.»
Y al sentir el alma mia
estas frases cariñosas,
de nuevo alientan hermosas
mi esperanza y mi alegría,
que sois vos quien me besais
siempre tierno y venerable;
vos que en la sombra impalpable
por mi ventura velais.

MILTON. Débora!... (Enternecido.)

DEBORA. (Abrazándole.) ¿No es cierto?

MILTON. Sí.
¡Cómo lo puedes dudar!
(La abraza llorando.)
¡Dios mio! ¡puedo llorar!
aún hay dicha para mí.

ESCENA III.

DICHOS, ISABEL.

DEBORA. (Al ver á Isabel y dirigiéndose á ella.)
Ah! madre, venid al punto.

MILTON. ¡Isabel!

ISABEL. ¿Qué quieres, hija?

DEBORA. Que mitigueis de mi padre
las tristes melancolías.
ISABEL. Pues qué, ¿sufre?
DEBORA. Sufre y sufro.
ISABEL. ¿Cómo?
DEBORA. Yo por su injusticia,
y él por una triste idea
que viene á turbar su dicha.
ISABEL. ¿Por una idea?
DEBORA. Sí, madre.
MILTON. ¿No es cierto, Isabel querida,
que es una carga pesada
tener una idea fija?
ISABEL. Ah, sí... ¿Pero qué sucede?
DEBORA. Piensa que al llegar el dia
de mi boda, me separo
de él para siempre, y afirma
que soy un ave que el nido
abandona fugitiva.
ISABEL. ¿Eso pensais?
DEBORA. Eso piensa.
MILTON. Qué quieres, Isabel mia!
DEBORA. ¿No se puede ser á un tiempo
buena esposa y buena hija?
MILTON. Tanto os amo, que quisiera
que aquí las dos, siempre unidas,
nunca pensáseis en nada
mas que en mí. Desearía
llenar vuestro pensamiento,
á tanto mi amor aspira.
DEBORA. ¿Y lo dudais un instante?
¿No sois vos nosotras mismas?
MILTON. Oyes esto? (Á Isabel.)
ISABEL. Yo del mio
apartaros no podría,
aunque quisiera...
MILTON. Ah, tus frases
me alientan, me reaniman.
(Acercando á las dos á su lado y con mucha ternura.)
Lo que nuestras almas llena
cuando en el amor se inspiran,

no es el beso acostumbrado,
ni la aprendida caricia...
(Á Isabel.) alma necesita el alma
al amar... no fugitivas
sensaciones, ni delirios
del amor materialista.
El amor es un abrazo
del pensamiento y precisa
siempre á que dos voluntades
se fundan en una misma.

DEBORA. ¿La mia no será vuestra?

SUSANA. (Severa.) No tal: lo dice la Biblia.

DEBORA. ¿Qué?

SUSANA. «Dejarás á tu padre,
dejarás casa y familia
y seguirás á tu esposo.»

MILTON. Calla, Susana! Me irritas.

SUSANA. Tal dicen los textos santos.

MILTON. Pues que en buen hora lo digan.

SUSANA. Corriente, me callo.

MILTON. Dime,
Isabel, ¿has visto á Phílaras?

ISABEL. Quién, yo? no.

DEBORA. Ni yo tampoco.

MILTON. Ni yo.

DEBORA. Quizás esté arriba
descansando.

MILTON. Muy bien hecho...
pues mañana no se libra
de madrugar, á tu boda.

DEBORA. Cómo!...

MILTON. Es preciso que asista,
porque mañana te casas.

DEBORA. Padre!

MILTON. Segun mis noticias
Ricardo ha llegado.

DEBORA. ¡Cielos!

SUSANA. Gracias á Dios...

MILTON. Ya ves, hija,
cómo al fin...

DEBORA. (Ruborosa.) ¡Oh, padre mio!
No puedo hablar de alegría.

ESCENA IV.

DICHOS, OVERTON.

OVERT. El cielo os guarde...
DEBORA. (Rápido.) Dios mio!...
MILTON. ¡Overton!...
SUSANA. ¿Y venís solo?
ISABEL. ¿Y Ricardo?
DEBORA. ¿No ha llegado?
OVERT. Dejadme hablar. Hace poco
que llegó.
DEBORA. ¡Gracias al cielo!
SUSANA. Vandrá gallardo y hermoso.
MILTON. Siempre hermosa la gloria,
verdad? (Á Isabel.)
SUSANA. ¡Siempre!
DEBORA. Pero cómo
no vino ya?
OVERT. Porque tengo
que hablar antes de un negocio
con tu padre.
DEBORA. Con mi padre?
MILTON. ¿Conmigo?... Bien: ya te oigo.
OVERT. Necesito hablarte á solas.
MILTON. Como quieras: mas me asombro
de verte tan serio y grave
en momentos tan dichosos.
En fin... ya lo habeis oido.
(Á Isabel, Débora y Susana.)
Salid, que mi amigo Overton
algun secreto de estado
me va á revelar: supongo (Riendo.)
que eso será...
OVERT. (Grave.)
MILTON. Grave?
Vaya pues, dejadnos solos.
DEBORA. Permitid padre, que espere
en el balcon, por si logro
verle venir.
OVERT. (Á Milton.) Haz que salga.

MILTON. Sal, hija.
ISABEL. Ya vendrá pronto,
y le verás.
DEBORA. (Á Susana.) ¡Qué fastidio!
SUSANA. La obediencia ántes que todo.
(Vánse las tres y quedan solos Milton y Overton.)

ESCENA V.

MILTON y OVERTON. Se sientan.

MILTON. Solos nos hemos quedado,
nadie nos vendrá á estorbar,
y en paz podremos tratar
de ese asunto reservado.
OVERT. ¿Presumes algo?
MILTON. En rigor!...
De tanta reserva infiero
que me hablarás de dinero,
de dote!...
OVERT. (Solemne.) No á fe, ¡de honor!
MILTON. ¿De honor dices?...
OVERT. De honor, sí.
MILTON. ¡Como fuera mercancía
la honra, te preguntaría
á quien le hace falta!
OVERT. Á ti.
MILTON. (Con ira.) ¡Á mí! (Dominándose.)
Ve que es peligroso
abusar de la amistad.
OVERT. Culto rindo á la verdad.
MILTON. Entónces, Dios poderoso,
¿qué es lo que quieres decir?
El enigma estudio en vano.
OVERT. Escúchame: puritano
de raza quiero vivir,
sin que manche mi nobleza
ninguna sombra, ninguna,
sin que á mi sangre se una
un átomo de impureza.
MILTON. ¿Qué dices, Overton? Siento
que ciega nube mortal

mis ojos... ¿Qué ángel del mal
inspira tu pensamiento?
Qué tu actitud me denota?
Qué tus palabras, que son
cicuta que el corazon
va bebiendo gota á gota?

OVERT. Milton! (Ap.) (Mi valor flaquea...)

MILTON. Háblame con lealtad;
quiero saber la verdad.

OVERT. Pues que tú lo quieres, sea.
Lealtad buscas en mí;
la tendrás!

MILTON. Eso me agrada.

OVERT. Pues bien, la boda acordada
queda deshecha.

MILTON. ¿Qué?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿Deshecha? ¿pero por qué?

OVERT. Porque la deshonra ha entrado
en tu casa.

MILTON. Desgraciado,
ve lo que hablas!

OVERT. Bien lo sé.

MILTON. ¿Que en mi casa entró la mengua...
palabras tan infamantes
dices, sin cortarte ántes
de pronunciarlas la lengua?
Tú dices lo que no sientes
y mientes.

OVERT. Por Dios bendito!...
que te deshonran, repito.

MILTON. Y yo repito que mientes.

OVERT. Sufro con calma el rigor
de tus frases, pues comprendo
que las estás profiriendo
á impulso de tu dolor.
No me puedes ofender.

MILTON. Deshonrado y deshonrada,
ella, mi Débora amada!

OVERT. Débora no. ¡Tu mujer!

MILTON. ¿Eh?... ¿Qué dices?... ¿Ella?

OVERT. Sí.

MILTON. ¿Ella traidora y perjura?
Ah, no. Imposible... Impostura.
OVERT. Te digo...
MILTON. Lo que hay aquí
es que al verme tan dichoso,
la envidia habrá propalado
algun rumor infundado...
OVERT. No es eso.
MILTON. Y tú deseoso
de encontrar el más pequeño
motivo para romper
lazos tan puros, por ser
Débora pobre...
OVERT. ¡Es empeño!
MILTON. Haces coro á la invencion
calumniosa de la gente,
dejando así libremente
ancho campo á tu ambicion.
OVERT. No es eso.
MILTON. ¿Qué no!
OVERT. No. ¿Piensas
que soy tan necio que vaya
á hablar de ofensas, sin que haya
razon para hablar de ofensas?
MILTON. ¡Pruebas!... Pruebas.
OVERT. Las tendrás.
Fíjate en lo que aquí ves,
y, por muy ciego que estés,
hartas pruebas hallarás.
MILTON. De rostro Isabel cambió?
No se ostenta ya en sus ojos
su pudor? ¿Sus labios rojos
un beso infame manchó?
¡Habla!
OVERT. Anoche mismo ví
la traicion clara y patente.
MILTON. ¿Anoche?
OVERT. ¡Sí!
MILTON. ¡Dios clemente!
OVERT. Á no haberlo visto así
jamás hubiera turbado
tu paz.

MILTON. Dime de una vez!...
OVERT. Escucha: anoche á las diez
aquí llegué apresurado.
Ver á Cromwell deseaba
y vine á buscarte; entré
por el jardin y noté
que Isabel hablando estaba
con álguien;... su voz oí.
MILTON. Sigue.
OVERT. Despues la de un hombre.
MILTON. ¿Quién era?
OVERT. No sé su nombre.
MILTON. ¿Pero lo sospechas?
OVERT. Sí.
MILTON. Dilo.
OVERT. Yo no hablo jamás
por conjeturas.
MILTON. Te ruego...
OVERT. Pudiera engañarme y luégo...
Milton, pronto lo sabrás.
Ella escuchaba la queja
de un amante.
MILTON. ¡Vive Dios!
OVERT. Y maldecían los dos
los barrotes de esa reja,
que alzándose inquebrantable
entre los dos, se oponía
á la infame alevosía
de su pasion miserable!
Oí decir: «Huiremos
sin demora... Sí... mañana,
una seña en la ventana
y á las siete partiremos.»
MILTON. Á las siete!
OVERT. Sin tardanza
te busqué; no pude hallarte;
corrí de una en otra parte,
y perdida la esperanza
de verte en el Parlamento
volví á casa apresurado.
Ricardo había llegado
en aquel mismo momento.

Ya no le pude dejar;
despues...

MILTON. ¿Vas á proseguir?
¿Qué más me quieres decir?
¿Qué más me quieres contar?
Si con esa historia fiera
que de mi deshonra has hecho
has destrozado mi pecho,
mi alma, mi existencia entera?
(Cae en un sillon.)

OVERT. Milton.

MILTON. ¡Infame mujer!
Ay de mí! (Llorando.)

OVERT. Fué tu deseo
saber la verdad y creo
que he cumplido mi deber.

MILTON. No. Tu accion es censurable.

OVRRT. ¡Milton!

MILTON. (De pié.) La amistad obliga;
el buen amigo castiga
donde le encuentra al culpable.
Tú no has debido venir
á mi casa solamente
á arrojar sobre mi frente
el baldon... sino á decir,
«Ayer en la oscuridad
donde el crímen se sustenta
ví concitarse en tu afrenta
la infamia y la liviandad.»
Y yo, Milton, yo tu amigo
tan sólo á tu honor atento
con firme y sereno aliento
á la traicion dí castigo.
Mira el hierro vengador
que la traicion ha deshecho;
y este, Milton, es el pecho
que ha de calmar tu dolor.

OVERT. Oh!...

MILTON. Basta... que ya concibo
cual la suerte te complace!
no te agradaba este enlace;
ya de romperlo hay motivo.

¡Mi hija es pura y es honrada
Sobre ella pasa esta afrenta
como pasa la tormenta
sobre la roca...

OVERT. Mas...

MILTON. Nada
me digas. (Con ironía.) Tienes razon,
la deshonra entró en mi hogar,
y no se puede casar
Débora sin que el baldon
se borre, que esa mujer
arrojó en mi honor perjura.

OVERT. La ley castiga á la impura!

MILTON. Mi brazo lo sabrá hacer.

OVERT. (Conteniéndole.) Asesinarla! ¡Qué horror!

MILTON. Sí.

OVERT. Te enloquece el despecho.

MILTON. ¿Vas á negarme el derecho?...

OVERT. (Deteniéndole.) ¡Milton!...

MILTON. (Colérico.) ¡Overton!...

ESCENA VI.

DICHOS, SUSANA asustada.

SUSANA. Señor!
Señor! (Conteniéndose.)

MILTON. Qué es eso?

SUSANA. (Con naturalidad.) No, nada,
que la niña... ya se ve...
al fin niña...

MILTON. Bien ¿Y qué?

SUSANA. Que se halla sobresaltada
con la tardanza excesiva
del noble Ricardo, y...
(Hablando al interior.)
Entra, hija mia, entra aquí.
(Á Milton.) Está más muerta que viva
pendiente de todo ruido...
Corren voces tan extrañas
de estas últimas campañas,
y dicen que hay tanto herido,

que bien pudiera ocurrir...
¡ya se ve... Como el señor
Overton trajo un humor
tan malo... y quiso impedir
que esta fuese...
(Dirigiéndose al interior.)
Entra, hija mia... (Sale Débora.)
Y como estais vos tan serio
y hablais con tanto misterio,
cualquiera sospecharía...

ESCENA VII.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. Padre... ¡Cosas de Susana!
Yo no quise interrumpiros,
y ella...
SUSANA. No tal: tus suspiros
por Ricardo...
DEBORA. ¡Sí!... Mañana
seis meses hará que aguardo
su vuelta con vivo anhelo.
Lóndres se viste de duelo
con tanta guerra... y Ricardo
no viene!...
SUSANA. Y teme quizá...
DEBORA. Al no verle al lado nuestro,
no sé por qué azar siniestro
pienso que no volverá.
SUSANA. Calma tu afan y confía.
OVERT. No, Ricardo no está muerto.
DEBORA. ¿Ni herido?
OVERT. Ni herido.
DEBORA. Oh! es cierto?
Voy á verle.
MILTON. No, hija mia.
DEBORA. ¡Ah! ¿Qué dices?
MILTON. No es posible.
Un suceso extraordinario
ha ocurrido... Es necesario
resignarse á un mal terrible.

DEBORA. ¿Cómo?
SUSANA. ¿Qué decis, señor?
MILTON. Que da el martirio la palma,
y que hay que templar el alma
en el yunque del dolor. (Pausa.)
¿Qué soy para tí... ¿qué ha sido
mi voluntad?...
DEBORA. Ley sagrada
que no la destruye nada.
MILTON. ¿Nada?
DEBORA. (Resuelta.) Nada.
MILTON. (Á Overton.) Ya has oido,
queda el enlace deshecho.
DEBORA. ¡Cielos!
SUSANA. ¿Qué?
MILTON. Es mi ley expresa.
DEBORA. ¡Mas!...
MILTON. Mi voluntad es esa.
DEBORA. ¡Gran Dios!... (Cae en brazos de Susana.)
MILTON. (Á Overton.) Ya estás satisfecho.
OVERT. Pero...
MILTON. ¿Pretendes aún más?
Su alma tan pura y tan casta
destrozas, y...
OVERT. Juro...
MILTON. Basta.
No nos veremos jamás.
OVERT. ¿Jamás? No, Milton, no creas
que hay un interés bastardo
en mí...
MILTON. (Con amargura.) Dios dé á tu Ricardo
los bienes que le deseas.
Adios.
OVERT. Si á leyes forzosas
me rindo en estos momentos
de angustia, mis sentimientos...
MILTON. ¿Qué entiendes tú de esas cosas?
OVERT. Mi dignidad.
MILTON. (Con ira.) Ves que anhelo
estar solo, y todavía
estás aquí.
OVERT. Es que... quería...

pero en fin, guárdete el cielo. (Váse.)

ESCENA VIII.

MILTON, DÉBORA, SUSANA.

DEBORA. ¡Padre! ¡Padre!
MILTON. Ven aquí;
busca en mis brazos la calma.
DEBORA. Si le adoro con el alma,
si es imposible, ay de mí!
SUSANA. ¿Pero podremos saber?
MILTON. (Cogiéndola de un brazo.)
(¿No lo presumes?)
SUSANA. (¡Dios santo!)
MILTON. Hija, derrama tu llanto:
don del cielo es padecer.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ISABEL,

ISABEL. ¡Milton!... ¡Débora!
MILTON. (¡Ella aquí!)
DEBORA. ¡Madre del alma querida!
me hallais sin alma, sin vida.
MILTON. (Separándolas: con arranque.)
Tu madre ha muerto... Está allí.
(Señalando al cielo.)
DEBORA. ¡Padre!
ISABEL. ¡Señor!
DEBORA. ¡Dios del cielo!
Vuestra voz está turbada,
y vuestra faz alterada
la cubre sombrío velo...
¿Qué teneis?
ISABEL. (Todo me avisa
mi infortunio y me condena.)
DEBORA. Padre, ya estoy más serena
y resignada y sumisa.

*Perdon si un instante pudo
*mi corazon revelarse,
*y en llanto acerbo anegarse.
*¡Ay! ¡El golpe fué tan rudo!...
*Perdon, perdon, padre mio,
*era su vida mi vida
*y era su imágen querida
*como el espejo de un rio,
*que al bañar el fértil suelo
*retrata en vagos primores
*la belleza de las flores
*y la hermosura del cielo.
*Ya he calmado mi pesar;
*recogeré resignada
*mi traje de desposada,
*mi corona de azahar,
*todo mi modesto aliño
*sin que la pena me exalte;
*yo quiero que nunca os falte
*mi respeto y mi cariño.
No sé qué causa ha llegado
á turbar mi dulce amor...
pero ello es que vos, señor,
así lo habeis acordado,
y siendo vos el más digno
de los padres... obedezco...
sumisamente padezco...
digo no, no... me resigno;
porque no creais que yo
sufro... y sufro horriblemente,
nada de eso, mi alma siente,
pero llorar, eso no. (Rompe á llorar.)

MILTON. Dios del cielo!

DEBORA. Padre amado!

MILTON. ¡Hija! Salid!

SUSANA. (Sosteniendo y conduciendo á Débora.)
(Guarda entera
tu fe.)

---

(1) Los versos con asterisco pueden suprimirse en la representacion.)

ISABEL. (Disponiéndose á marchar.)
Señor...
MILTON. No, tú espera.
Salid. (Á Susana y Débora.)
SUSANA. Señor!... ¡Dios sagrado!)

ESCENA X.

MILTON, ISABEL.

MILTON. (Cierra la puerta de la izquierda por donde salieron Débora y Susana y la del fondo.)
Ya ves, ya ves lo que pasa:
Overton se ha retractado.
¿Sabes por qué? porque ha entrado
la deshonra en esta casa.
Débora es digna de mí,
yo supe su honor guardar,
luego si ha entrado en mi hogar
la infamia ha sido por tí.
ISABEL. ¡Milton!
MILTON. Lloras? Ah, conque era
verdad?
ISABEL. Milton!
MILTON. Dios piadoso!
ISABEL. ¿Por qué fuisteis generoso
cuando os ví por vez primera?
MILTON. Te acuerdas?
ISABEL. ¡Cómo olvidar
que fuisteis mi noble escudo!
MILTON. Vacilante al golpe rudo
de la saña popular,
rodar á mis piés te ví,
¡con qué generoso impulso
me lancé, todo convulso
de rabia, á luchar por tí!
Aún en mi oido resuena
la voz del pueblo bravía.
«Hija es de un traidor»— decía.—
«Pague por serlo la pena.»
Y á fe que decía bien
el pueblo allá en sus furores

que eres hija de traidores
y eres traidora tambien.

ISABEL. ¡Milton!

MILTON. ¡Infeliz!

ISABEL. ¡Piedad!

(Cayendo de rodillas.)

MILTON. ¿Ves la huella de un hachazo
en este brazo? Este brazo
salvó tu vida.

ISABEL. Es verdad,
vos la salvasteis, señor!

MILTON. Entónces, vil homicida,
si yo te salvé la vida
por qué das muerte á mi honor?
¿Tan áspera es la virtud?
¿Tan irresistible el vicio
que es en tí gran sacrificio
pagarme con gratitud?
Alza.

ISABEL. No.

MILTON. Quiero que ahonde
mi voz doliente en tu pecho.
¿Qué has hecho?

ISABEL. ¡Piedad!

MILTON. ¿Qué has hecho?

ISABEL. ¡Ay! Piedad!

MILTON. (Obligándola.) Alza y responde. (Pausa.)
Desde que á mi hogar te traje
llamándote esposa mia
has visto pasar un dia
sin que te rinda homenaje
mi amor? Reina soberana,
no has mandado caprichosa
tanto en mi Débora hermosa
como en mi vieja Susana?
*¿No he estado siempre de hinojos
*llamándote mi ángel bueno,
*reclinándome en tu seno,
*contemplándome en tus ojos,
*siendo mi encanto mayor,
*mi más legítimo orgullo
*poder dormirme al arrullo

de tu acento seductor?
¿Cómo has podido turbar
tan villana y torpemente
hasta el amor inocente
de mi hija? Penetrar
quisiera en tu corazon
para medir sus horrores;
debes sufrir torcedores
terribles... Tu vil traicion,
tu crímen extraordinario
tal te acusa... tal te aqueja,
que ni lágrimas te deja
que llorar. No es necesario
que tu corazon me abras. (Transicion.)
Si no acierto á comprender
cómo vive esta mujer
al escuchar mis palabras.

ISABEL. ¡Ay! ¡Bien decís! El Señor
no quiere curar mi herida
cortando esta inútil vida
que hace imposible el dolor.

MILTON. (Como hablando consigo mismo.)
Sería el amante vil
que logró su amor bastardo,
más ilustre, más gallardo,
más poderoso y gentil.
(Volviéndose á Isabel.)
¿No es cierto? Dí: su mirada
más brillante que la mia,
su faz sin nube sombría...
¡Ya mi faz está arrugada!
¡Ya mis cabellos están
blancos, sí!... ¡Mas quién se atreve
á penetrar en la nieve
que á veces cubre el volcan?
¿Piensas tú que la hermosura,
inextinguible destello
de Dios, está en el cabello,
en el rostro, en su tersura!
¿Qué toma la forma humana
de un cuerpo erguido y apuesto
como el tuyo?... ¡Error funesto!

La belleza soberana
sólo en la virtud se encierra:
así eres tú en este instante,
la mujer más repugnante
y deforme de la tierra.

ISABEL. Matadme, señor!

MILTON. Ah, sí;
matar le cumple al que ha sido
tan fieramente vendido
cual yo lo he sido por tí.
Dos infames deben hoy
pagar aquí su delito.
Uno eres tú.

ISABEL. (Con alegría.) ¡Dios bendito!

MILTON. El otro á saberlo voy.

ISABEL. (Con terror.) Oh!

MILTON. Como aprieta tu mano
convulsiva ese pañuelo
quizás infame señuelo
para atraer al villano.
Ve á agitarlo á aquel balcon.

ISABEL. Oh!... jamás!...

MILTON. Que te conmueve?
No es esta la hora en que debe
consumarse la traicion?
Da la señal... No está bien
que faltes á lo pactado:
ya que á mí me has engañado
no le engañes á él tambien.
Vé. (Imperativamente.)

ISABEL. (Dando un paso hácia el balcon.)
No ha existido jamás
tan honda y fiera agonía.
(Vuélvese á implorar.)

MILTON. Vé!

ISABEL. Santa Vírgen María!

MILTON. (Infame!)

ISABEL. (Cubriéndose el rostro con el pañuelo y cayendo de rodillas al pié del balcon.)
¡No puedo más!

MILTON. Ese lienzo representa
la doblez de su alma impura:

se llena de su amargura
y es el padron de su afrenta.

ISABEL. (Sollozando.) ¡Ay!

MILTON. ¡Me hicieron á traicion!
(Se dirige á la puerta del fondo.)

ISABEL. (Rápida.)
¡Ah, no, Milton! No... qué intentas?
¡Piedad!

MILTON. Vengar mis afrentas;
eso quiero.

ISABEL. ¿Compasion!

MILTON. Justicia.

ISABEL. (Deteniéndole.) No... no será.
Yo sola soy la culpable.

MILTON. ¿Tú sola?

ISABEL. Yo.

MILTON. (Con ira.) ¡Miserable!
Dices bien. (Cogiéndola de un brazo.)

PHIL. (Dentro.) ¡Isabel!

ISABEL. ¡Ah!

MILTON. (Tapándola la boca.)
Silencio... si prevenida
lanzas un grito alarmante,
juro que al entrar tu amante
nos halla á los dos sin vida.

ISABEL. (Inclinando la cabeza con abatimiento.)
Espero el castigo.

MILTON. Sí.
(Abre la puerta del fondo, detrás de la cual queda oculto. Isabel no llega á tiempo de impedirlo.)

ESCENA XI.

MILTON, ISABEL, PHÍLARAS.

PHIL. (Resueltamente y sin ver á Milton.)
¡Ah Isabel... Isabel mia!...

MILTON. ¡Traidor! (Despues de cerrar las puertas.)

PHIL. (Despavorido y aterrado.) ¡Ah!

ISABEL. (Á media voz.) (Vírgen María!)

MILTON. ¡Tú!...

ISABEL. ¡Milton! (Interponiéndose.)

MILTON. (Arrastrándola hácia la puerta de la derecha.)
Pronto, entra aquí.
ISABEL. Ah, Milton!...
MILTON. No ves, malvada,
las iras que reconcentra
mi corazon... entra, entra...
nada escucho, nada... nada.
(La hace entrar violentamente: cierra la puerta y se vuelve rápido á Filaras, á cuya vista se queda aterrado.)

ESCENA XII.

MILTON, FILARAS.

MILTON. ¡Él mismo! No hay duda ya.
Mi amigo mejor!... ¡El mismo!
Dios santo!... ¡Qué nuevo abismo
es este en que mi alma está!...
Hogar le dí cariñoso,
paz le ofrecieron mis brazos,
¿y él me destroza en pedazos
el corazon!... ¡Dios piadoso!...
Con tanto y tanto sufrir
siento impulsos de llorar,
con deseos de matar
y con ánsias de morir. (Pausa.)
PHIL. Milton, mira si tomó
mi loca pasion arraigo,
cuando á tus plantas no caigo
muerto de vergüenza.
MILTON. ¡Oh!
PHIL. ¡Milton!
MILTON. Silencio ante mí.
¿Cómo á levantar se atreve
su voz, el cobarde aleve
que viene á injuriarme así?
PHIL. Cese esta lucha insensata.
MILTON. Tu ansiedad no se me oculta,
calle la lengua que insulta
y hable el acero que mata.
(Coge una espada de la panoplia.)

PHIL. ¡Hiere!
MILTON. Déjeme camino
tu espada.
PHIL. Jamás.
MILTON. ¡Villano!
PHIL. Debo morir á tu mano.
MILTON. Soy vengador, no asesino...
PHIL. Eres viejo, y no acostumbra
mi brazo...
MILTON. Me sobra fuego,
vigor, destreza.
PHIL. Estás ciego.
MILTON. Mientes: ¡la razon me alumbra!
PHIL. Jamás, Milton.
MILTON. Mata ó muere,
ó jura que abofetea
mi mano tu rostro,
PHIL. (Desenvainando.) Sea,
ya que el infierno lo quiere. (Luchan.)
ISABEL. (Dentro y repetidamente.)
¡Milton! (Golpea la puerta.)
PHIL. Cumple tu deseo.
MILTON. Sangrientos círculos rojos
están nublando mis ojos!
ISABEL. Milton!...
DEBORA. (Golpeando la puerta de la derecha.)
¡Socorro!
MILTON. (Dejando de luchar.) ¡No veo!
ISABEL. ¡Abrid!
PHIL. (Es fuerza que huya.)
(Abre la puerta de la habitacion en que está encerrada Isabel.)
MILTON. ¡Sombra!... ¡Horrible pesadumbre!
Caiga un rayo que me alumbre
aunque á la vez me destruya.
(En este momento sale Isabel por la puerta que ha abierto Phílaras, y Débora por la que ha saltado rota.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DÉBORA, SUSANA, ISABEL.

ISABEL. ¡Milton!
MILTON. (Herido por la voz de Isabel.
¡Oh!
DEBORA. (Deteniéndose aterrada y cruzando las manos.)
(¡Dios de bondad!)
PHIL. (¡Huyamos!)
ABEL. ¡Phílaras!
SPHIL. (¡Calla!)
MILTON. Todo, todo envuelto se halla
en sombras de impunidad.
DEBORA. (Saliendo de su estupor y yendo hácia su padre
Ah!..
MILTON. (Cogiendo á Débora.)
¡Desgraciada de tí!
¡En Dios tu conciencia fija! (Va á herirla.)
DEBORA. ¡Padre! (Abrazándole.)
MILTON. ¡Ah!... ¡Cielos! ¿Tú?:.. ¿Mi hija?...
(Rompiendo en sollozos.)
¡Hija!... ¡Hija mía!... ¡Ay de mí!
Phílaras lucha en vano por llevarse á Isabel, la cual espantada y sobrecogida contempla á Milton y á su hija.)
(Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Se suplica á los Directores de escena ensayen este final con cuidado y repetidas veces hasta que resulte rápido, aterrador y patético.

ACTO TERCERO.

Habitacion de humilde aspecto de una casa de un arrabal de Lóndres. Puerta al fondo, por la cual se ve el campo. Puertas á la derecha del espectador. Ventanas á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA y DÉBORA.

Susana con unas antiparras grandes, aparece ocupada en preparar la mesa para comer. Débora junto á una ventana.

SUSANA. No digamos que digamos
que ando de prisa y corriendo,
pues falta para la hora
de comer, una lo ménos.
Pero yo no estoy contenta
cuando no voy con trebejos
ó la Biblia entre las manos
ó la lana entre los dedos.
Y en fin, que si este servicio
se ha de hacer, hacerlo á tiempo.
(Fijándose en Débora.)
¡Pues! Lo de siempre... mirando
á Lóndres.

DEBORA. ¡Ay! Cuán espesos
son esos tristes celajes
conque se encubre el invierno.

Yo he visto un sol más amigo
que ese sol de sombras lleno;
y he vivido en otros dias
más tranquilos, más risueños;
de esos que traen en sus alas
de azul y rosa los ecos
de soñadas armonías
que van de la tierra al cielo.
¡Dejad, Señor, que un instante
acaricie el pensamiento,
aquel amor de mi alma
siempre vivo y siempre muerto!
(Oculta el rostro entre las manos.)

SUSANA. (Acercándose lentamente.)
Cuando digo que este asunto
se va poniendo muy serio...

DEBORA. Susana!

SUSANA. Lo dicho, dicho,
y es necesario...

DEBORA. Silencio!
Si te oye mi padre...

SUSANA. Que oiga
no me importa! Santo y bueno
que los hijos sean fieles
cumplidores del precepto;
que honran en todo á sus padres;
pero sufrir este lento
martirio, pasa los límites
del deber y yo no puedo...

DEBORA. Ah! piénsalo bien.

SUSANA. Pensando
estoy sin cesar y viendo
que el color de tus mejillas
se ha marchitado; que el sueño
no viene como ántes dócil
á revolar en tu lecho,
y que el llanto y los suspiros
y la ansiedad y los duelos,
tal han dejado tu rostro
tan pálido y descompuesto,
que en vez de la fresca rosa
que un dia fué mi embeleso,

parece un jazmin nevado
que troncha el soplo del cierzo.
Por otra parte, tú engañas
á tu padre.

DEBORA. Oh!

SUSANA. Sí, y confieso
que lo haces perfectamente!
Siempre cantando y riendo!
Esto es, la risa por fuera
y las lágrimas por dentro,
En fin, qué más? has podido
convencer al pobre viejo
de que no amas á Ricardo...

DEBORA. Á Ricardo!

SUSANA. Sí.

DEBORA. ¿No es cierto
que es gran blasfemia?

SUSANA. Espantosa.

DEBORA. Pues mira, no me arrepiento.

SUSANA. Pero es que temo perderte.
Te estás muriendo... muriendo...

DEBORA. ¿Y eso qué importa, Susana?

SUSANA. Hija mia!

DEBORA. El Ser Supremo
me impone un deber sagrado.

SUSANA. Bien, pero tú...

DEBORA. Yo le acepto
y le he de cumplir: mi padre
sucumbe al enorme peso
de su dolor!

SUSANA. Sí; dos años
que los infames huyeron.
En vano fué la justicia
de los hombres persiguiéndolos:
él la burló y codicioso
de goces y de dinero
vendióse al turco!

DEBORA. ¡Qué espanto!

SUSANA. Y ella quizás,... por supuesto,...
renegaría...

DEBORA. No; calla,
tú no sabes...

(Con terror y mirando á todas partes.)
Tengo miedo
de hablar.

SUSANA. Vamos, qué te ocurre?

DEBORA. ¿Tú eres buena?

SUSANA. Yo...

DEBORA. Sí.

SUSANA. Al ménos
lo procuro.

DEBORA. Lo consigues.
Conozco tus sentimientos
que son nobles, generosos.

SUSANA. Pero á qué viene todo eso?

DEBORA. Oye, más ántes contesta
á una pregunta que quiero
hacerte.

SUSANA. ¿Cuál?

DEBORA. (En voz baja y con temor.) Si algun dia
la voluntad del Eterno
acercara á esos umbrales
á Isabel...

SUSANA. (Sorprendida.) ¿Cómo?

DEBORA. Si el cielo
la hiciera llegar á Lóndres
arrepentida, sufriendo
en su corazon los rudos
golpes del remordimiento.
Si á tí acudiera llorando...

SUSANA. Débora, qué estás diciendo?
Es imposible.

DEBORA. (Bajando la voz) ¡Está en Lóndres!

SUSANA. Imposible, no te creo,
te han engañado.

DEBORA. La he visto!

SUSANA. ¿Qué la has visto? ¿Pero es cierto
lo que me dices, ó acaso
tus ojos te la fingieron?

DEBORA. No, Susana: hace ya dias
dirigíame hácia el templo
en la plegaria buscando
para mis penas remedio.
Cerca del atrio...

SUSANA. Prosigue.
DEBORA. Una mujer... un espectro
más bien, detuvo mi paso.
Me echó los brazos al cuello,
llorando, y cubrió mi rostro
de lágrimas y de besos.
SUSANA. ¿Era ella?
DEBORA. Sí.
SUSANA. ¿Y tú sufriste
su contacto? Me estremezco
al pensar.
DEBORA. *Pues qué había
*de hacer?
SUSANA. *Rechazarla.
DEBORA. *Creo
*que te he dicho que á la iglesia
*iba á buscar el consuelo
*de mis males: si á mi paso
*hallaba males ajenos
*y los despreciaba, ¿cómo,
*cómo, dime, el Ser Supremo
*pudiera calmar los mios?
*¿Ni qué fuerza tiene el rezo,
*si el corazon de que brota
*para remontarse al cielo
*no está, libre de rencores,
*á la compasion abierto?
SUSANA. *Sí, pero...
DEBORA. Si tú la vieras...
SUSANA. Verla?... Jamás... lo que es eso...
DEBORA. Pues mira, yo... confiando
en tí...
SUSANA. ¿Qué dices?
DEBORA. He hecho
una promesa y... Si vieras
qué cambiada está! Su aspecto
es el de una anciana; tiene
casi blancos los cabellos,
y los ojos tan hundidos,
y el rostro tan macilento,
que yo en verdad...
SUSANA. Concluyamos.

Con todos esos rodeos
qué quieres? ¿Qué prometiste?

DEBORA. Que tú y yo, puestas de acuerdo,
le digamos á mi padre...

SUSANA. Nunca.

DEBORA. ¡Susana!

SUSANA. Repruebo
ese plan.—¿Decirle?... Vaya,
para renovar añejos
dolores... para traer
á su memoria el recuerdo
vivo de aquellos infames?
No.

DEBORA. (Con cariño.) Tu corazon es bueno...
tú me ayudarás...

SUSANA. No, nunca.

DEBORA. Si ve que nada resuelvo
quizás se aventure un dia,
y venga.

SUSANA. ¡Permita el cielo
que cieguen ántes mis ojos!

DEBORA. Pero...

SUSANA. Nada... no empecemos.
Sí... si... pues buena soy yo
para... vamos, cuando pienso
que por ella... tú y tu padre...

MILTON. (Dentro.) Débora.

DEBORA. (Á SUSANA.) Por Dios, silencio,
aquí se aproxima.

MILTON. ¿Débora?

ESCENA II.

LAS MISMAS, MILTON.

DEBORA. (Con alegría.) Padre mio, ya despierto?
Breve fué la siesta.

SUSANA. Breve...

MILTON. Dormimos poco los viejos...

SUSANA. Yo con tres horas...

MILTON. ¡Tres horas!
Yo muchos dias con ménos...

DEBORA. Pues yo paso, padre mio,

toda la noche en un sueño.

MILTON. ¿De veras?

DEBORA. Y tan de veras.

SUSANA. ¡Vamos!

(Como manifestando que comprende la falsedad de lo que dice Débora.)

MILTON. ¡Qué estábais haciendo?

SUSANA. Hablando.

MILTON. ¿Y de qué?

DEBORA. De cosas

nímias.

SUSANA. De asuntos caseros.

DEBORA. Y del dia.

SUSANA. Que es horrible!

DEBORA. Muy triste.

MILTON. ¡Dia de Enero!

SUSANA. Setenta y seis navidades
llevo á cuestas: no recuerdo
un invierno más sañudo,
más espantoso y más negro!

DEBORA. Setenta y seis!

MILTON. Á esos años
cada dia es más invierno!

SUSANA. Y luégo, como ésta casa
está tan fuera del centro
de la ciudad... cuando salgo
á mis quehaceres...

MILTON. Comprendo.

SUSANA. Vivimos tan apartados.

MILTON. Lejos del mundo, muy lejos.

DEBORA. Yo no sé cómo Susana
dice que este sitio es feo,
estando vos á mi lado
todos me parecen bellos.

MILTON. Estás aquí muy contenta?...

DEBORA. Siempre que esteis vos contento.

MILTON. ¿Con que tú?...

DEBORA. ¿Qué os preocupa?

MILTON. Sabes, hija, que sospecho
que me engañas...

SUSANA. Señor!

DEBORA. Padre!

MILTON. Poco á poco, cuando pienso
que tú le querías tanto...
DEBORA. Á quién? (Con naturalidad.)
MILTON. Á Ricardo.
DEBORA. Empeño
más tenaz! Siempre Ricardo!
¡Pues sí, que estaría bueno
que yo pasara los dias
lanzando quejas al viento
mientras él, quizás, dichoso!
Bah... bah.. bah... ¿Quién piensa en eso?
¡Dónde habrán ido sus frases,
promesas y juramentos!
Já, já, já! Padre mio!
Donde los mios se fueron.
MILTON. (Abstraido.) Y ella es sangre de mi sangre.
¡Contrastes más estupendos!
SUSANA. Ah, señor! Se me olvidaba:
ahí ha venido un mancebo
con una carta.
MILTON. ¿Una carta
para mí?
SUSANA. Sí.
MILTON. Pues no acierto
quién puede escribirme. Débora,
¿quieres ver?...
DEBORA. (Abriéndola y leyendo.) Es del librero,
de Jhonson Bulwer.
MILTON. Ah, Bulwer!
SUSANA. De fijo os pide de nuevo
El paraiso perdido.
DEBORA. Lo has acertado.
MILTON. ¡Qué terco
está el hombre! Pues no sabe...
DEBORA. Á la verdad, no comprendo
vuestra negativa.
SUSANA. Es raro
que no accedais á sus ruegos.
DEBORA. Vamos, dadle el Paraiso.
MILTON. Yo no doy lo que no tengo.
DEBORA. ¿Cómo que no?
SUSANA. Vamos, vamos!.,

DEBORA. Pues si hace ya tanto tiempo
que está concluido.
MILTON. ¡Mucho!
DEBORA. Tesoro de amor... compendio
de ilusiones, de esperanzas.
MILTON. Pues por eso... pues por eso...
¡Esperanzas, ilusiones
que robó!...
SUSANA. (Rápida.) ¡La infamia!
MILTON. El viento.
(Breve pausa.)
Mira, Débora, en seguida
contéstale que no puedo
complacerle.
DEBORA. Pero, padre...
MILTON. Nada. En mi cuarto hay tintero,
pluma y papel.
DEBORA. Voy al punto.
(Susana, has visto qué empeño!
SUSANA. ¡Qué quieres, hija, qué quieres:
la obediencia lo primero.)
(Vánse.)

ESCENA III.

MILTON.

Inútil... vano es luchar.
Siempre su imágen, su nombre!
¿Qué es la voluntad del hombre
si no consigue olvidar?
En vano quiero quebrar
las cadenas de este amor,
¡ser libre... funesto error!
¡Libertad!... sombra mentida!
mientras exista en la vida
la esclavitud del dolor. (Ligera pausa.)
Era una hermosa mañana;
bañaba el sol mi aposento,
sútil columpiaba el viento
las flores de mi ventana;
hilando estaba Susana,

Isabel, grave y discreta,
Débora, feliz, inquieta,
cartas de su amor leía,
y mi mente se mecía
en mis sueños de poeta.
De pronto á la vida real
volviendo, tal cuadro al ver
me dije: «así debió ser
el Paraiso inmortal.»
¡Ay! Por mi suerte fatal
harto semejante ha sido,
pues la fortuna ha querido
que ante el dolor que me aterra,
yo tambien mire en la tierra
mi paraiso perdido.
Perdido! mas yo no fuí
rebelde al Dios que me ha dado
la vida, ni he profanado
la ley que de Él recibí.
Siempre en mi espíritu ví
su ser, su forma, su esencia,
siempre fijo en mi conciencia
empapé mi fantasía,
en la eterna poesía
que brota de su existencia.
Luego ¿por qué si en Tí creo
me impones tan duras penas?
¿Por qué, Señor, me condenas?
¿De qué faltas me haces reo?
Si soy un pobre pigmeo
sujeto á fatal destino;
y si á tu poder divino
no llega humana malicia,
¿qué justicia es tu justicia
que á comprenderla no atino?
(Aterrado por lo que acaba de decir.)
Oh! menguado pensamiento!
Imperdonable delirio!
Esta duda es el martirio
más atroz de los que siento.
Señor, infúndeme aliento!
dame luz!... guía mi pie!...

Ya que mi razon no ve
tus altos juicios serenos,
Señor, que te vea al ménos
con los ojos de la fé.

(Cae sollozando de rodillas; despues de una breve pausa, llaman fuertemente á la puerta.)

ESCENA IV.

MILTON y OVERTON.

MILTON. ¡Llaman!
OVERT. (Dentro.) Milton!
MILTON. Adelante.
OVERT. (Entrando.) Dios te guarde.
MILTON. (Acercándose á él.) ¡No me engaño!
Overton... tú...
OVERT. Sí.
MILTON. Es extraño!
Tú aquí?
OVERT. Razon hay bastante
para ello.
MILTON. (Irónicamente.) Qué cataclismo
ocurre? Y tu dignidad?
No te conozco en verdad.
OVERT. Ni me conozco yo mismo!
MILTON. Pero...
OVERT. No hablemos en vano.
Hay en la vida dolores,
Milton, que son superiores
á todo el esfuerzo humano.
MILTON. Y eso qué quiere decir?
OVERT. Nada tu razon infiere?
MILTON. No es fácil.
OVERT. Mi hijo se muere, (Con rudeza.)
y yo no puedo vivir.
Es su amor tan violento,
tan grande, que no la olvida.
Ella es vida de su vida,
y es aliento de su aliento.
MILTON. ¿Y lo comprendes ahora!...
En dos años de ansiedad,

no has visto la enfermedad
que á tu Ri cardo devora?
¡Es natural!—Tú dirías
á vueltas de mil razones:
«Dichas, amor, ilusiones...
pequeñeces, niñerías.
Ricardo se casará
con otra mujer hermosa,
más rica, más poderosa,
y entónces feliz será.»
Pero hoy, con dolor profundo,
al ver que tu hijo se muere,
tu pobre razon infiere
que le hace falta en el mundo
ese sueño, ese ideal,
algo más grande y sublime,
algo del amor que imprime
Dios con su aliento inmortal.
Y al comprender el tormento
de tu Ricardo querido,
dando el pasado al olvido
y sin otro pensamiento
que el de calmar su agonía,
vienes, con ancha conciencia,
para salvar su existencia
á arrancarme á mí la mia.
¿No es eso?

OVERT. Milton!

MILTON. ¡Confiesa
que he sabido comprenderte!

OVERT. Piensa en mi dolor, y advierte...

MILTON. Que hoy porque á ti te interesa
vienes aquí.

OVERT. No: te engañas.
Soy padre!

MILTON. Tú? No lo fuiste
aquel dia en que viniste
á desgarrar mis entrañas.
¡Vivo el sentimiento guardo!
mi hija tambien se moría,
y mi Débora valía
tanto ó más que tu Ricardo,

OEBRT. ¡Con que es decir...
MILTON. Es decir,
que Dios, que tiene en su mano
este misterio, este arcano
del alma, si ha hecho sufrir
á tu hijo, tuvo piedad
de mis dolores, y ha hecho
que ella aleje de su pecho
esa pasion.
OVERT. ¡No es verdad!
MILTON. Que no es verdad?
OVERT. Si pudieras
ver su rostro demacrado,
no dirías que ha olvidado
sus ilusiones primeras.
MILTON. ¿Qué? Me vienes á decir
que su cariño no ha muerto?
OVERT. Si, Milton.
MILTON. Ah, no, no es cierto!
OVERT. Nunca he sabido mentir.
MILTON. ¡Que ella con fingida calma
vive ahogando sus dolores!
¡Qué nuevo abismo de horrores
vienes á abrirme en el alma.
Débora!
OVERT. ¿Qué vas á hacer?
MILTON. ¿Qué he de hacer? ¡Desventurada!
Débora!

ESCENA V.

DICHOS, DÉBORA.

DEBORA. Padre!
MILTON. Hija amada,
responde: quiero saber
si vivo: en tu pecho está
ese amor!
DEBORA. Padre!
MILTON. Hija mia,
es cierto que todavía
amas á Ricardo?

DEBORA. Ah!
MILTON. ¿Es verdad que la expresion
de tu cántico sereno
antídoto del veneno
que llena mi corazon;
ese canto de ternura
constantemente ha brotado
de tu pecho desgarrado
por un amor sin ventura?
DEBORA. Ah, padre! No, no creais
que oculté mi sentimiento
y que he sufrido un tormento
tan grande. No, os engañais.
Sí; mi mente tuvo un dia
ilusiones seductoras,
pero...
MILTON. Sí, pero tú lloras.
Tú lloras.
DEBORA. Padre!
MILTON. Hija mia!
(La abraza. Breve pausa.)
OVERT. Calma.
MILTON. Tenías razon.
(Á Overton con amargura.)
En mi dolor egoista
aun más ciego que la vista
he tenido el corazon.
OVERT. ¡Milton!
DEBORA. Señor!
MILTON. Basta ya.
Tu amargura ha sido inmensa
mas va á tener recompensa
muy pronto; sí, la tendrá.
De pensarlo solamente
río y lloro como un niño.
DEBORA. Y vos creeis...
MILTON. Su cariño
inmenso, puro, ferviente,
dejó en tí profunda huella,
sin él no puedes vivir.
OVERT. (Bajo á Milton.) No la obligues á mentir.
Déjame solo con ella.

MILTON. (Es verdad.) Overton quiere
hablar contigo un instante.
DEBORA. ¿Conmigo?
OVERT. Sí.
MILTON. Es padre amante
y su Ricardo se muere...
DEBORA. Ah!
MILTON. Pero tu amor confío
que le cure. En fin, os dejo...
(Solo, deshonrado, viejo
y envuelto en sombras. ¡Dios mio!
No puedo, no puedo más!
Mi amargo cáliz rebosa! (Transicion.)
Pero si mi hija es dichosa
qué me importa lo demas!) (Váse.)

ESCENA IV.

DÉBORA y OVERTON.

DEBORA. Hablad, que mi alma os escucha.
OVERT. Débora, ya lo has oido:
por largo tiempo he vivido
con mi corazon en lucha.
Perdona si alguna frase
de lo que digo te aflige:
cuando á mi Ricardo dije
que para siempre olvidase
tu amor, fué el golpe tan rudo,
tan fiera la sacudida
y tan profunda la herida
que quiso hablar y no pudo.
Yo al contemplar su extrañeza
dije gozoso, «ahora estalla,
y libramos la batalla
y la vence mi firmeza;»
pero en vez de resistir
mi intencion al penetrar,
tan sólo supo callar
y padecer y morir.
Y no hallé forma ni modo
de vencer. Luché con saña,

y he sucumbido... esta entraña
(Señalando al corazon.)
es más rebelde que todo.
Vencerle!... Y cómo? Imposible!
La obediencia fué su norma,
y el dolor que se conforma
es un contrario invencible.

DEBORA. Señor..

OVERT. Ricardo me envía.

DEBORA. Ah! Ricardo!

OVERT. Te conmueve
su nombre?

DEBORA. Es el eco leve
de una lejana armonía.

OVERT. Le hace morir tu desvío.
Es preciso que te ablande
su dolor... Ay! es tan grande!

DEBORA. Sí, tan grande como el mio.

OVERT. Pero al fin sereis dichosos...

DEBORA. Tengo esperanza en el cielo.

OVERT. Siendo mi orgullo y consuelo,
tiernos y amantes esposos.

DEBORA. Jamás! En la inmensidad
de nuestro amor inmutable
abrió un abismo insondable
la triste fatalidad.
Hay en mi padre una herida
que vos ahondasteis severo;
no puedo señor, no quiero
hacer más triste su vida.

OVERT. ¡Pero si ya hemos hablado
y él accede á tu ventura!

DEBORA. No saldrá de esta clausura
jamás, ni yo de su lado.

OVERT. Que no?—Vivireis conmigo
todos.

DEBORA. No.

OVERT. Qué duda tiene?

DEBORA. No, mi padre no se aviene
á tener ningun testigo
del dolor que en su alma estalla:
hoy vive con su agonía,

y entónces no viviría,
que mata el dolor que calla.

OVERT. Pero y tú? ¿Vas á encerrar
la dicha que gozar puedes
entre las cuatro paredes
de este miserable hogar?

DEBORA. Allí donde el alma encierra
su mision noble y sagrada
está, señor, la morada
más hermosa de la tierra.

OVERT. Débora, vano es fingir.
Dí más bien que ya no quieres
á Ricardo, y que prefieres...

DEBORA. Callad! Qué vais á decir?...

OVERT. Que á dudar de tu amor llego
al verte tan obstinada.

DEBORA. Madre del alma adorada...
que no...

OVERT. Pues bien, te lo ruego!
Por tu madre...

DEBORA. Oh! Por mi madre.

OVERT. ¿Accedes?

DEBORA. (Resuelta.) No puede ser.

OVERT. ¿Y tu dicha?

DEBORA. ¿Y mi deber?

OVERT. Y mi Ricardo!...

DEBORA. Y mi padre?

OVERT. Oh! sí: mucha es tu firmeza,
pero veo tu agonía
y haré que, igual que la mia,
sucumba tu fortaleza.
Á la última prueba aguardo.
¿Te niegas?

DEBORA. ¿Y lo dudais?

OVERT. Pues entónces.

DEBORA. ¿Dónde vais?

OVERT. Á decírselo á Ricardo.

DEBORA. ¡Dios mio!

OVERT. Le traeré aquí,
contemplarás su dolor,
y á ver si tienes valor
de negarte como á mí. (Vase.)

ESCENA VII.

DÉBORA.

Dios mio, á dudar empieza
mi razon... Si él viene á verme;...
pero no... sabré vencerme;
Dios me dará fortaleza.
Ah... si... pero es espantosa,
horrible... la suerte mia.
¡Me ama... me ama todavía
y no puedo ser dichosa!
(Con exaltacion.)
Ay, cuando empiezo á pensar
que perdí mi amor soñado,
cuando iba á ser consagrado
en las gradas del altar:
siento que en mí se levantan
ideas que odios encierran,
y al levantarse, me aterran,
y al ir creciendo, me espantan;
y en mi desventura... Ah... no...
Dios mio... Qué iba á decir
iba airada á maldecir
su memoria... Cielos... ¡Yo?...
Jamás... Ah... Si habeis deshecho
mi ilusion encantadora.
Dios os perdone, señora,
el daño que me habeis hecho.

ISABEL. Débora. (Por la ventana.)

DEBORA. Esa voz... Dios santo...
Es ella?...

ISABEL. Débora...

DEBORA. Sí.
Y esa mujer viene aquí...
¿Qué haré? ¿Abrir? Oh... no... me espanto
de pensarlo... No podría
dominar mi sentimiento.
¡Venir en este momento
de dolor y de agonía!
Pero, ¡ay Dios! ¡qué ceguedad!

Alma, por qué te detienes,
si son tus únicos bienes
los goces de la piedad?
Sí. (Abre la puerta y llama á Isabel.)
Venid.

ESCENA VIII.

LA MISMA, ISABEL, que, trémula y desfallecida, aparece en la puerta del foro.

ISABEL. (Echándose en brazos de Débora.) Débora!
(Rompiendo á llorar.) Oh!
Al fin... Dios sea loado!
Sola estabas, te he llamado
y no me rechazas?...

DEBORA. (Haciendo un esfuerzo.) No.
Pero pasad... no hagais ruido,
porque aún mi padre no sabe...
Como es la nueva tan grave,
la verdad... no me he atrevido.

ISABEL. Qué importa? Yo no podía
esperar... para quien llora,
es un año cada hora
y es un siglo cada dia.

DEBORA. Yo buscaré la ocasion
oportuna.

ISABEL. Será en vano.
Fué mi crímen tan villano
que no merece perdon.
Eso me impulsa á venir,
Él no puede perdonar,
y me tendrá que matar
y dejaré de sufrir.

DEBORA. Oh, no... Dios mio, ¡qué horror!
Pensad...

ISABEL. Estoy decidida!
Hoy daré á Milton mi vida
en holocausto á su honor.

DEBORA. No, no, confiad en mí...
Dios me inspirará.

ISABEL. ¡Hija mia!

DEBORA. Voy...
ISABEL. No vayas todavía...
tengo miedo...
DEBORA. ¿Miedo?
ISABEL. Sí.
Siento una angustia cruel...
mortal... ah!
DEBORA. Qué?
ISABEL. (Mirando á la puerta de la derecha.)
Que he creido
escuchar,..

ESCENA IX.

LAS MISMAS, SUSANA.

SUSANA. Dónde te has ido,
Débora? (Viendo á las dos.) Oh, Dios! Isabel!
Isabel aquí! (Separándose con horror.)
DEBORA. (Con dulzura.) Qué haces?
Calma por Dios tus enojos,
no apartes de ella los ojos,
por piedad, no la rechaces.
SUSANA. De repugnancia está llena
mi alma.
DEBORA. Dios bondadoso!
Cristo se acercó al leproso
y salvó á la Magdalena.
SUSANA. Oh!... Vinísteis...
ISABEL. Á morir
sobre el suelo de Inglaterra,
que entre sus brumas encierra
mi sombrío porvenir.
SUSANA. Pero sois vos, Dios bendito,
lo veo y lo estoy dudando.
ISABEL. Es que estás considerando
lo que envejece el delito!
SUSANA. Sí, sí, pero ahora, qué hacemos?
tu padre no sabe nada
y es la noticia arriesgada.
DEBORA. Entre las dos trataremos
de...

USANA. Silencio! Ya está aquí! (Con miedo.)

ESCENA X.

DICHAS, MILTON.

ISABEL. Ah!!
MILTON. Parecióme escuchar
un acento singular.
¿Hay álguien de fuera?
DEBORA. Sí!
MILTON. Y quién es?
DEBORA. (Con rapidez.) Una mujer...
una pobre desvalida,
enferma y desfallecida.
MILTON. (Con que una pobre.) Placer
me causa el que Dios del cielo
mostrándose más benigno
conmigo, me juzgue digno
de prestar algun consuelo.
SUSANA. (Ap.) (Siempre igual.)
MILTON. Sed bien venida
á mi hogar, buena mujer;
tan sólo os podrá ofrecer
una cordial acogida...
Venid y tomad asiento
á mi lado.
ISABEL. (Retirándose.) Oh! No.
DEBORA. (Con dulzura.) ¿Qué haceis?
MILTON. Llegad, participareis
de nuestro frugal sustento.
Vamos; el puesto de honor
os corresponde.
ISABEL. (Ap.) (¡Dios mio!
en tu clemencia confio.)
MILTON. Se ha marchado ya el señor
Overton?
DEBORA. Ya.
MILTON. Te diría...
DEBORA. Padre, hablaremos mañana.
MILTON. Mas...
DEBORA. Luégo... Sirve, Susana. (Se sientan.)

MILTON. Cuida tú, Débora mia,
de nuestra huéspeda.
DEBORA. Sí.
MILTON. (Á Isabel.) Que me perdoneis os ruego.
Si yo no lo hago... estoy ciego.
ISABEL. Señor, no os cuideis de mi!
MILTON. (Sorprendido al oir la voz de Isabel)
¿Cómo? Extraña coincidencia!
Lamentable desvarío
de este pensamiento mio.
Al escuchar la cadencia
de vuestra voz... presumí...
pero... si no os ví jamás!
qué locura!
SUSANA. Ya verás,
al fin la conoce y...
MILTON. ¿Y á dónde vais?
DEBORA. Segun dijo
al llegar aquí, quisiera...
MILTON. Vais á Lóndres? ¿Os espera
vuestro esposo... vuestro hijo,
quizás algun padre anciano ..
Pero no me respondeis?
ISABEL. ¡Ay!
MILTON. Qué es eso? ¿Qué teneis?
Siento temblar vuestra mano.
¿Qué teneis?
ISABEL. Que mi razon
sucumbe... que Dios castiga...
que hace dos años se abriga
la muerte en mi corazon,
MILTON. Ah! tú!... la infame... la infiel!
Justicia de Dios!
ISABEL. Matadme.
(Milton busca á tientas y coge un cuchillo de los que habrá sobre la mesa.)
DEBORA. Ah, no, no, padre.
MILTON. Oh, dejadme.
SUSANA. (Á Isabel con terror.)
Huid por Dios, Isabel.
ISABEL. Nunca: espero mi castigo.
DEBORA. Padre, piedad.

MILTON. Imposible!
ISABEL. Cese el sufrimiento horrible...
MILTON. Tú sufrir?
ISABEL. Dios es testigo...
MILTON. Tú sufrir? En estos años
ha turbado tu contento
la pena... el remordimiento?
No... los tristes desengaños
te hicieron aquí llegar
humillada, envilecida,
como viene la que olvida
su fé, su honor y su hogar.
DEBORA. Tened en cuenta sus penas.
MILTON. Mi venganza necesita
toda la sangre maldita
que circula por sus venas.
SUSANA. Oh!
DEBORA. Perdonadla.
MILTON. Jamás.
SUSANA. Señor!
DEBORA. Mi amor os lo ruega.
MILTON. Dios á mi brazo la entrega.
DEBORA. (Con solemne acento.)
Dios dice, no matarás.
MILTON. Oh!

(Deja caer el cuchillo y se cubre el rostro con las manos. Overton se presenta en la puerta del fondo.)

ESCENA X.

DICHOS, OVERTON.

OVERT. Milton, un deber te impone
Dios, y cumplirlo es forzoso;
sé grande, sé generoso.
Perdona.
MILTON. ¿Que yo perdone?
Perdonar? ¿Y de qué suerte
si me figuro estar viendo
el cuadro fatal, horrendo,
de mi deshonra y mi muerte! (Breve pausa.)

'Tras de los muros gigantes
'que en Bizancio el turco ostenta,
'vivían para mi afrenta
'los dos impuros amantes.
Él consumido en el fuego
que arrastra el vicio consigo,
traidor á su buen amigo:
traidor á su patria luégo,
traidor á su Dios tambien.
Y ella, villana y perjura
narcotizada en la impura
sensualidad del haren.

OVERT. No! que sufrieron la suerte
del amor sensual é impío:
tras del placer el hastío,
tras del hastío la muerte.

MILTON. ¿Qué?

OVERT. Lo supe hace un momento
y aquí vine apresurado.

MILTON. Phílaras?...

OVERT. Hoy ha llegado
la noticia el Parlamento...
Torpe esclavo del Divan
llevó á los suyos la guerra
y entró talando su tierra
como Visir del Sultan.

MILTON. ¡Infame!...

OVERT. Llegó á Candía,
donde pujante alentaba
lo que Phílaras llamaba
insensata rebeldía;
y allí, tras de mil horrores,
fué su ejército arrollado.

MILTON. ¿Y él murió?

OVERT. Murió arrastrado.

MILTON. ¡Digno fin de los traidores!

OVERT. Ya de su torpe traicion
á Dios le plugo vengarte.
Él murió, y ella, en qué parte
de la tierra, en qué rincon
del mundo podrá ocultar
su vergüenza y su pecado?

DEBORA. En un sitio consagrado
por Dios, al pie del altar.
Yo sé que su religion (Señalando á Isabel.)
tiene sagrados lugares
donde calmar sus pesares
los tristes de corazon.
Dios en esos sitios mora,
y si á rogarle se llega,
no ve el crímen del que ruega
sino la fé con que ora.
ISABEL. El cielo te inspíra.
MILTON. Sí.
ISABEL. Parto á vivir en la muerte,
Dios, por tu boca, me advierte
que aún hay perdon para mí.
En Él lo hallaré quizás,
pero ¡ay! en la tierra...
DEBORA. ¡Padre!
Porque la he llamado madre
perdonadla.
MILTON. No, jamás.
Cuando al impulso traidor
de una pasion fementida
se ha desgarrado una vida
y se ha ultrajado un honor...
DEBORA, Señor...
MILTON. Cuando una mujer
destroza inhumanamente
el alma de una inocente,
que tenía en otro ser
su amor, sus deseos fijos,
y á un padre se le ha robado
la luz que el cielo le ha dado
para mirar á sus hijos...
si el padre perdona, miente;
vivo y punzante el agravio
no puede decir mi labio
lo que el corazon no siente.
DEBORA. Oh!
MILTON. No espereis que sucumba.
OVERT. Milton!
MILTON. No es que te odie, no;

si mueres ántes que yo
iré á rezar en tu tumba!

SUSANA. Cuán bueno!

OVERT. Digna es de tí
la oferta...

ISABEL. ¿Qué más ansío?
Matadme pronto, Dios mio,
para que rece por mí!...
Adios Milton!

MILTON. (Ap. conmovido.) La emocion
está ahogando mi alma en llanto!
Dios mio... la amaba tanto...
(Dominándose.) Calla... Calla... corazon.
El claustro te espera... Vé.

SABEL. Sí... Sí... que Dios te bendiga.
(Coge una mano de Milton y se la besa. Va á salir y al llegar al promedio de la escena se detiene.)
Ah! me rinde la fatiga.

DEBORA. (Haciéndola que se apoye en su brazo.)
Pues venid, yo os llevaré.

MILTON. ¡Extraña coincidencia
de un poder santo y bendito!
Overton, mira el delito
llevado por la inocencia.
(Vánse Isabel y Débora. La primera apoyada en la segunda. Mientras ellas se van habrá dicho Milton la redondilla que antecede.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos ISABEL y DÉBORA.

OVERT. Al fin la ha llamado madre.

SUSANA. (En la puerta del foro y siguiendo con la vista á Débora y á Isabel.)
¡La cuida con un afan!...

OVERT. ¿Y nuestros hijos. ¿Qué harán?

MILTON. (Con expansion.)
¿Piensas que yo no soy padre?
Sean felices los dos.

OVERT. Tú con tu hija eternamente.

MILTON. Overton, doblo la frente
ante los juicios de Dios.
Él apartó de mi mano
el puñal del homicida,
su justicia bendecida
castigó el crímen villano;
Él por mis ruegos movido
volvió á mi pecho la fé,
con ella yo encontraré
mi Paraiso perdido.

FIN DEL DRAMA.

Los autores de este drama, ávidos de aprender, han leido la crítica que ha merecido su obra, y han encontrado las siguientes apreciaciones:

«Los Sres: Echevarría y Santivañes han dotado á la escena patria de una joya dramática digna de competir con el antiguo drama del famoso escritor aleman Kotzebue, *Misantropía y arrepentimiento*, en que verdaderamente se resuelve, bajo el punto de vista filosófico y cristiano, la terrible cuestion de la infidelidad conyugal.» *(El Tiempo.)*

«La candorosa sencillez que en ella resplandece la hace aparecer obra de un poeta niño, á quien no sería razonable tratar duramente. Hay allí tan buena fe, tan loable intencion y tanta inocencia que pecariamos de crueles si la maltratáramos. Limitémonos, pues, á decir á sus autores que no es ese el camino que han de seguir... etc.» *(El Globo.)*

«Los Sres. Echevarría y Santivañes son vates harto bizarros para que no hayan sembrado bellezas con larga mano en el desenvolvimiento poético de su composicion. Abundan realmente en ella los buenos versos, las pinceladas felices, los arranques briosos y oportunos, y en este pnnto los autores de *El paraiso de Milton* han arrancado con justicia muchos y muy espontáneos aplausos. Por desgracia la fuerza dramática del poema no está en razon directa de la gallardía del estilo, y el cañamazo no es digno del bordado.» *(El Imparcial.)*

«Los autores salieron á escena sin que los llamara el público.» *(Un noticiero.)*

«Los autores merecieron ser llamados y salieron á

escena entre unánimes y espontáneos aplausos, cuatro veces al final del acto segundo y cinco al final del tercero.» (*Otro noticiero.*)

«El tercer acto es una superfetacion inútil: el segundo es animado, interesante y dramático y merece los aplausos que le otorgó el público.» *(Un distinguido crítico.)*

«El tercer acto es el más sentido y el mejor de la obra.» *(Otro distinguido crítico.)*

Despues de esta diversidad de pareceres y de noticias, los autores se ven en la sensible necesidad de tener que seguir su difícil camino sin hallar norte ni guía en la *crítica dramática española*.

Respetuosos con todos los pareceres, no pueden, aunque quieran, saber lo que han hecho de *bueno* y de *malo* en su obra, y lo que deben hacer en las sucesivas. ¡Ojala consigan como en la presente escuchar los aplausos del público!

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Amor y amor propio.....	3	Fuentes y Alcon....	Todo.
»	»	El baston y el sombrero.....	3	Eusebio Blasco.....	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v...	3	Eugenio Sellés.....	»
5	2	El ramo de flores..... ...	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela.....	3	D. J. G. de Lima.....	»
9	4	La deshonra.....	3	Manuel Nogueras....	»
6	3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano.....	»
»	»	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
3	3	Las consecuencias.....	3	D. J. G. de Lima.....	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
»	»	Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»

ZARZUELAS.

2	2	Candidez y travesura.....	1	D. Jerónimo Moran,.....	L.
		Don Abdon y Don Senen.....	1	Sres. Liern y Rubio y Espino.....	L. y M.
		En la calle de Toledo.....	1	Sres. B. de Cortes y Rubio	L. y M.
2	1	La niñera.....	1	D. Luis Pacheco.....	L.
3	3	Las damas de la camelia.....	1	Jerónimo Moran....	L.
		Los dos cazadores.....	1	Ricardo Caballero...	L.
		Panchita en el muelle de la Habana.....	1	Sres. Chueca y Valverde.	M.
5	6	El diablo en la Abadía.....	2	Sres. Almeda y Mangiagalli	L. y M.
5	4	El padrino.....	2	Trinchant y P. Castro	L.
3	1	El ruego de una madre.....	2	D. Sebastian Cruellas,..	L. y M.
		El destierro del amor.....	2	Sres. Liern, Rubio y Espino.....	L. y M.
5	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
4	3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton.....	L. y M.
11	2	Fra-Diavolo.....	3	D. Jerónimo Moran....	L.
		La banda del rey.....	3	José Casares.....	1/2 M.
6	3 c.	La dama blanca.....	3	Sres. Moran y Andilla...	L.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.